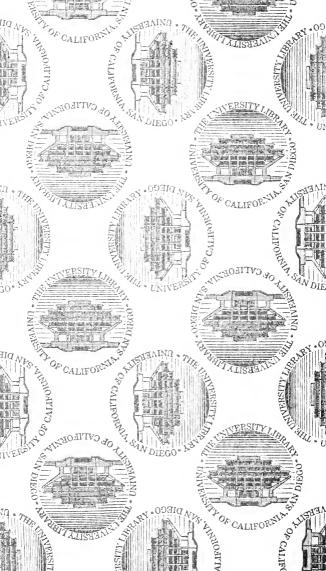
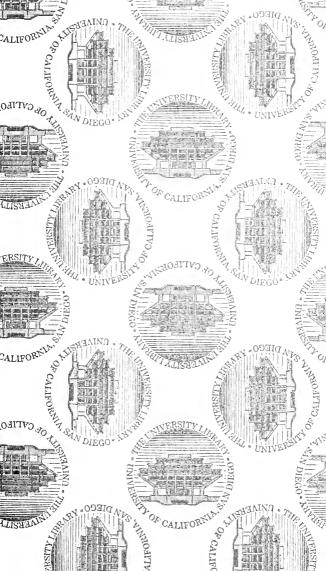


Storage Collection

No. X 9796







THE UNIVERSITY LIBRARY
INIVERSITY OF CALIFORNIA, SAN DIEGO
LA JOLLA, CALIFORNIA

Drama del Alma



SOBRE MEXICO Y MAXIMILIANO

POESIA EN DOS PARTES

Con notas en prosa y comentarios de un loco

7.0R

Don José Zorrilla



LIBRARY, UNIVERSITY OF CALIFORNIA SAN DIEGO -

INTRODUCCION Y PROSPECTO

MIRAMAR

I

Castillo de Miramar que en el mar azul te miras, ¿por qué miras sin cesar mar adentro en ese mar cuyas ráfagas aspiras?

¿Por qué va tu Castellana de un balcón á otro balcón, y á través de su persiana contempla la mar lejana con febril agitación?

Cierra todos los balcones. castillo de Miramar: cuelga de negros crespones tus gallardos tor: eones y no mires más al mar.

Ya es en vano que le adules; en vano enfloras tus salas, en vano tu már nol pules, y tus perfumes exhalas sobre sus ondas azules. Haces mal si en el favor fías del voluble mar: te arrullará alhagador, y tus pies irá á besar; pero el mar siempre es traidor.

Miramar, no fíes más en las ondas pasajeras del mar que mirando estás; que no te traerán jamás al que por ellas esperas.

Quita de ese torreón ese mástil señorial; ya se rasgó el pabellón que ostentó en él tu blesón bajo corona imperial.

Tu crónica alegre ayer como una árabe leyenda a que escuchar daba placer, va á ser una his'oria horrenda que dará miedo 'eer.

Castillo de Miamar, que vas desde hoy tu belleza con crespones à enlutar, castillo de la tristeza te has de venir à llamar.

П

Casti lo ayer tan risueño, hoy triste mansión mortuoria, ayer pensaba tu dueño que escribiera yo tu historia... ¡la suya me quita e' sueño!

H.y, que del mundo salió del martirio con la palma, nó la historia que el pecisó sino el diama de su alma vengo á revelarte yo.

Otro pasaba en la mía que enlazado està con él: y es esta doble agonía lo que va mi poesía á confiar al papel.

Mas no vayas á olvidar, si llegas mi libro á ver, que sólo á laz de tu hogar no se debe de leer: sé discreto, Miramar

Yo soy qui n à tu Señor hacia de otros lectura, mientras era Emperador allà donde hoy el rencor le niega hasta sepultura.

Yo soy quien á to Señora canté allá una salmodía: ino sepa por ti en mal hora que canto por él ahora les salmos de la agonía!

Castillo de Mi amar, si llegan á tí estas hojas. no se las dés á hojear. tiralas antes al mar en donde los pies te mojas.

Llanto de pena verter no hará á la loca infeliz, quien lágrimas de placer derramar la supo hacer cuando era la Emperatriz.

Castillo de Miramar puesto para dar pavura entre cielo, tierra y mar, castillo de la locura te has de venir á llamar.

III

Castillo que á tu Señora hoy como prisión encierras, yo la ví poco ha de ahora, de otro alcázar moradora y Señora de otras tierras.

Y la ví con inquietud ir por aquella región, fiada en la recti ud, en la fe y en la virtud de su leal corazón.

Yo crucé en el campo un día mi corcel con su corcel; y temblé porque sabía que de aquel campo podía satir cautiva sobre él. Tuve alla asiento en su mesay en su presencia sitial; pero siempre tuve priesa de verla salir ilesa de aquel país desleal.

Y cuando que el mar surcaba of decir en Castilla, cuando supe que arribaba del mar de Francia á la orilla, la creí en salvo... y ersaba.

Respirando el aire había de aquella letal región y herida de allá venía. ¡B'en allá me lo decía sin cesar mi corazón!

Mas bendigo el juicio Eterno que el suyo quitarle quiso: pues, sin juicio hoy de lo externo, no comprenderá en qué inflerno se tornó su paraíso.

Yo, aunque otra vez se le dé Dios, jamás á verla iré: ¡no vāya á pensar de mí que por traidor me salvé y que también la vendí!

Miramar, si en darla un dia rumor con tus ecos das, no dés en la fantasía de repetir la voz mía: no la hables de mí jamás.

IV

Castil'o de Miramar, tú, que si al fin Dios la cura la tendrás que aposentar en sus días de pesar, como en los de su locura,

empieza á ensanchar con tiento la red de su incertidumbre, para que con paso lento éntre en su alma el sentimiento de su inmensa pesadumbre.

Ya de su casa no soy como en su Imperio: no puedo leerla historias desde hoy; mas con la suya me quedo y á Espiña á contarla voy.

Castillo de Miramar, por cuyos balcones mira la que cree que por el mar á tu playa ha de a ribar el amor por quien delira;

di á tu infeliz Castel'ana que del balcón se retire, que cierre bien su persiana, y que al mar con ancia vana ya desde hoy nunca mire.

Dile que sa que esperar no tiene más que en el cielo; que el que esperó ver tornar no halló senda por el suelo, ni navió por el mar:

y si en tan salvaje guerra tal vez ni aun tumba le encierra, que no le envie à buscar ni vivo sobre la mar, ni muerto sobre la tierra.

Mas que su honor queda entero: pues quiso hacerse primero coronado allá matar, que entrar como aventurero sin corona en Miramar.

¡Oh castillo sin ventura!
prisión hoy en donde llora
coronada la locura,
castillo de la amargura
te han de llamar desde ahora!

٧

Castillo de Miramar que ya al mar en vano miras, quédate con tu pesar: que temo que me ha de ahogar la atmósfera en que respiras.

Casti lo de Miramar que en duelo tan infinito envuelto vas á quedar.... iguay que el castillo maldito no te lleguen á llamar! ¡Adiós, triste fortaleza, que al mar que te azota mira : quédate con lu tristeza, que á darme vértigo empieza la tristeza que me inspiras!

Yo me voy con mis cantares à la tierra en que nací, à echar ante sus altares mis flores y mis pesares: y apréndelo tú de mí.

Pues ya que aquel no ha de llegar que esperábamos los dos.... Castillo de Miramar, vamos en Dios á esperar, que quien nunca falta es Dios.

VΙ

Mas oye aún, Miramar: me pesa á mi hogar partir, sin poder en tí sondar algo que, á poder hablar, me pudieras tú decir.

Mas semejante poder Dios no puso en tí ni en mí: ¡otro el cuento había de ser, si me dieras tú á leer lo escrito dentro de ti! ¡Y si al tesoro común

de tu cuenta capital

otre cuen'o cada cual pudiéramos dar aún... fuera cuenta más cabal!

Porque tú debes saber, pues se fué en tí á concebir, cómo y quién dió tan ruín ser al imperio que, al nacer, se envió á México á morir;

y debes saber también cómo tu dueña infeliz perdió su juicio y por quién, y si hay quienes razón den de la de la Emperatriz.

VII

¡Delira mi mente loca!
castillo, empresa tan ruda
á más noderosos toca:
Tú, que lo sabes sin duda,
eres una muda roca;
y á mí me tiene la boca
mi propia ignorancia muda.

Con que, Castillo, esperar. Pues ninguno de los dos cuentas de ello hemos de dar y el tiempo lo traerá en pos, yo me vuelvo á mi lugar: y pues Dios es justo..., adiós, Castillo de Miramar.

A DON PEDRO ANTONIÙ DE ALARCON

EL POETA

Pedro tu voz leal fué la primera que me dió al regresar la bienvenida; fué luego tu amistad mi consejera: y hoy à España mi alma agradecida su triste voz al dírigir, espera nuevo favor de lu amistad cumplida: que de la España actual la puerta me abrasque lleves tú la voz en mis palabras.

Mi juicio de preta y de cristiano de tu amistad al juicio se sujeta; si al hablar del que fué Maximuliano mi frase parecer puede indiscreta, dála tú discreción: mi intento es sano; de la fe del cristiano y del poeta yo la llave te doy: st'alguien la tuerce, sé juez entre mi lé y el que la fuerce.

Tras voluntario y singular destierro, me es nuestra sociedad mal conocida: vuelvo... como después de un largo entierrovolvería un cadáver á la vida. Uniame tú: corrijeme si yerro, levántame si doy una caida; tú bien, aunque ha poco, me conoces; explica mis ideas y mis voces.

De este drama fatal voy à la escena à hacerte descender: es una historia, no de altos hechos, de amarguras Hena. De tus fastos históricos memoria otras plumas harán; tarea ajena de la mía, no aspiro à tanta gloria: del muerto Emperador, si Dios me auxilia, voy à hablar y de México en familia.

Fe de mi re'igión, tu sentimiento infunde à mi relato: Madre Santa del Cristo, Tú que ves mi buen intento de mi fe al par mi inspiración levantaz voz de mi juventud, vuelve tu aliento y vigor juvenil à mi garganta; y útil sea à mi pueblo castel'ano mi adhesión al que fué Maximiliano.

COMENTARIO DEL LOCO

Mi querido Pedro: Les versos que enteceden y los que van á seguir á esta prosa, serán probablemente música celestial para la mayor parte de los lectores de esta sociedad positivista y calculadora para la cual nos toca escribir. Me dicen que ya los versos no son letras que corren en el mercado de nuestra patria; y así debe de ser, pues los veo impresos como prosa en los periódicos; y me parecen así estudiantes que, escapados de su casa para ir á un baile de máscaras, pasan con miedo por la callo en que viven sus padres, disfrazados ya bajo un dominó negro; y así pasan los versos por entre las columnas del periódico bajo las largas líneas negras que les disfrazon.

Por eso yo, que soy el espíritu loco, condenado por Dios á hacer el viaje de esta vida en compañía del autor de estos versos; que he ido con él á México, y que he visto como él lo que allí pasa, pero de muy diverso modo y á muy diferente laz de como él lo ha visto, he resuelto anotar y comentar esta poería suya con unos parrafitos de prosa mía; esto es: voy. como si dijéramos, á desleir el azúcar rosado de su poesía, en el

ggua un si es no es amarga de mis notas y comentarios.

El poeta no ha visto en México, à la templada luz de su siempre sereno cielo, más que sus nunca marchitos paisajes, sus nunca turbias lagunas, sus siempre floridas campiñas, sus productivas hacieodas tapizadas de dulces cañas, abanicadas por ondulantes platanares, arrultadas por maizale sonoros; y rayados por las lesanjeadas melgas de los magueyales, como la piel de los tigres y de las zebras.

El poeta ha visto el risueño valle de la Mesa Cantral de México, el más elevado del Nuevo Mundo como un valioso chal de Cachemira, prendido por sus puntas en las cres as volcánicas de la S er a-Madre, y tendido por Dios sobre aquella tierra, bajo el fanal de su atmósfera tibia y perfumada, como una muestra de las Obras que salen no más de sus Creadoras Manos.

El poeta ha visto à los mexicanos con sus trajes nacionales, cargados de alamares y botonadaras de plata y oro, sus anchos sombreros profusamente galoneados y festonados, sus abigarrados zarapes, sus ligeros caballos paramentados de mor sca guadadacilería pasamaneada de oro y sedas; ha visto à las mexicanas con sus naguas de cien colores, sus mal encubridores rebozos, sus ceñidores de seda, cuyos flecos ondulan en torno de sus cimbradores talles, sus pies enanos, calzados de raso blanco, sus grandes ojos de mirar dulce como los de las gazelas, y su andar gallardo como el de los ontilopes; y seducido y deslumbrado el pobre poeta por las inflexiones musicales de su cari-

noso acento, por las extrañas y entrañables frases de su atractiva conversación, y por las pintorescas imágones con que expresan en ella sus pensamientos, les ha tomado à ellos y à ellas por abejas políficas y susurradoras, y por esmaltadas mariposas, revoloteando entre las flores de aquel jardín, que plugo à Dios señalarles para su habitación sobre la tierra.

En resumen: el poeta no ha visto de México más que lo que Dios puso en él; esto es: la luz, la vita, la hermosura, la fecundidad, la poesía, en fin, de la creación.

Yo, empero, que mientras él se perdia en espíritu por los espacios imaginarios de su poesía, me he paseado prosaicamente á pie por sus mal empedradas ciudades, he vagado por sus mal guardados caminos. me he alojado ea sus aisladas haciendas y he tropezado con los mañosos de sus encrucijadas y los pronunciados de todos colores; yo, que he dado la mano. he llamado compadritos y he tenido que hacer lugar en la mesa á los que unos llamaban jefes porque tenían subalternos, y otros bandidos porque andaban en bandas: yo, que me he tuteado caminando mano á mano con algunos, que murieron después honradamente colgados de un nopal á la vera del camino casi en olor de santidad; pero jay! olvidados ingratamente por cuantos les conocimos, por temor de ser llamados á dar en su canon zación testimonio de sus virtudes; yo, en fin. que he vivido allí observando todas las cosas y metiéndome en todas partes, como loco que soy, sin hogar propio, sin oficio ni beneficio, sin opinión política,

sin interés mercantil, y esperando solo que Dies rompiera la cadena que me impedia volver à Europa, te voy à dec r de México, mi querido Pedro, lo que no te dirán los protundos diplomáticos ni los grandes hombres de Estado, que toman los grandes negocios de les naciones desde su olímpica elevación, y les teatan desde ella con una entonación homérica; y las naciones, agradecidas, pagan con su sangre y con su dinero sus sabias combinaciones y sus luminosos discursos.

Yo no pico tan alto, Pedro amigo. Yo voy á darte solamente detalles caseros sobre negocios domésticos; voy tan sólo á hablarte de hechos pequeños, de ramor.s valgares desdeñados casi s'empre por los hombres de Estado y los diplomáticos, y casi nunca bien apreciados por los grandes historiadores; voy á decirte algo no más de México y sus cosas, haciéndote sobre ellas apreciaciones locas, y deduciendo de éstas extravagantes consecuencias, cuya misma excentricidad te podrá acaso servir para dar con las causas mínimas de graves acontecimientos, que buscarán los grandes políticos en más elevadas regiones.

Tal vez estás pensando, al leer este, que mis comentarios van á estar escritos en un tono informal, ageno de la formalidad de mi asunto; pero te responderé á esta justa observación tuya con una confidencia mía; la cual, siendo una de las cosas extravagantes que te decía que habría en este libro, no será seguramente creida por Thiers, Fabre, Forey y demás hombres graves que se han ocupado y se ocuparán de esta cuestión; y es: que México es un país de broma, á pesar de todas

las atrocidades que allí pasan, y que no pasan de bromas pesadas.

Yo te probaré esto en este librejo, mi buen Pedro, y te diré cómo el noble Maximiliano, que tomó lealmente por lo serio á México, que es un país de broma como te digo, l'egó primero llamado, buscado, deslumbrado y adulado; después engañado, calumn ado, estafado, menospreciado y, por fin, vendido al sitio de Querétaro: en donde fué fusilado, en medio de la broma con la cual hicieron probab'emente los juaristas de su muerte innecesaria una parodia del acto último de Lucrecia Boijia.

Y llamo innecesaria á la muerte del Emperador, porque realmente era inútil; no habiendo sido el Imperio más que un cadáver galvanízado, cuya existencia ficticia fué solamenta sostenida por la caballerosidad de Maximiliano; incapaz de transigir con nada que creyera que empañaba su honor de caballero, ni de cejar un paso en el cumplimiento de lo que él creyó su deber de Soberano.

Por lo demás, Maximiliano debió morir en México y murió en su lugar.

Desde el momento en que se quedó allí, después de la retirada de los franceses, fué Emperador por su propia cuenta; y arrosfrando las consecuencias de su heróica resolución, probó su lealtad y su buena fé, y nadie puede hoy ya tomarle por un aventurero ambicioso del oro y de la vanidad que trae consigo una corona, pues'o que no se dejó quitar la suya sino con la cabeza, sobre la cual otros y no él se la habieron

colocado. Tembién te probaré esto más adelante.

El libro que vamos á enviarte después de esta introducción, no tiene, mi querido Pedro, pretensiones políticas, sociales ni literarias de vinguna especie; y be aquí las razones por las cuales le escribimos, le vamos á dar á la prensa y te le vamos á dedicar.

El poeta autor de sus versos, habiendo residido once años en México, por causas que á nadie importan, se cree en la obligación y con el derecho de decir αlgo sobre aquel país en las circunstancias actuales.

Habiendo sido tratado allí por Maximiliano con una deferencia y una cordialidad que sobrepujaron en mucho al escaso valor de su representación personal, tanto en el mando social como en el literario, el poeta cree deber de su reconocimiento consagrar á la memoria del Príncipe que le honió en tierra extranjera unas cuantas ráginas, dictadas por su corazón y escritas con sus lágrimas.

Habiendo sido recibido en España á su vuelta con flores, versos y aplausos, debe de manifestar su gratitud á su patria y explicar al público en general y á los poetas que le saludaron á su llegada, la razón del silencio casi descortés y del aïslamiento al parecer esquivo en que ha permanecido hasta hoy, lo cual espera hacer rápidamente en este escrito.

El poeta y yo que voy á comentar sus versos para decirte en prosa lo que la poesía no debe descender á decir; te la dedicamos á tí, nuestro buen Pedro, porque habiendo sido tú el primero que noo dió la bienvenida, esperamo: de tu amistad que te resignes á ser intér-

prete de nuestra gratitud à la ratria en que nacimos, y sombra de cuyo pabellón hemos tenido à orgullo vivir en las naciones que nuestra inconstancia ó nuestros pesares nos han hecho visitar.

No te enviaremos, sin embargo, este libro inmediatamente, sino en el transcurso del presente mes de Agosto, porque necesitamos este tiempo para saber ás qué atenernos sobre algunos hechos de la última catástrofe de México; los cuales, teniendo que pasar por Nueva York, gran fábilica de mentiras y gran desfigurador de verdedes, necesitan confirmación.—VALE.

PRIMERA PARTE

INTRODUCCION

1

Era en aquella edad de te y de gloria en que, puesta la cruz sobre Granada, fué, cuento de gigentes, nuestra historia, página de oro y luz jamás borrada del tiempo posterior en la memoria: y en que Europa, creyente y exaltada, juzgó á su aliento con orgullo loco corta la tierra y el espacio poco. П

Acosaba voraz á Europa entera una hidrópica sed de gloria y oro; una tras otra nave aventurera paso buscaba por el mar del moro á un escendido edén do una quime a brindaba al más audaz con un tesoro; y atizaban cien tomos de patrañas tal vértigo febril de cro y hazañas.

Ш

Universal y extraña calentura que de una gran verdad incubadora produjo al fin la homérica aventura del sueño universal realizadora. Germen al par de gloria y desventura, edén hallado ayer, perdido ahora, un genovés tenaz de fe sencilla nueva mitad del mundo dió à Castilla.

IV

Era verdad: allá, bajo otro cielo, del móvil mar azul tras el cerúleo muro, del aire azul tras el flotante velo, límite doble á su horizonte oscuro, tuvo Dios la mitad del terreo suelo virgen, oculto, incógnito y seguro de las miradas, la ambición y el ruido, de nuestro medio mundo conocido.

Y alli había otras razas y otras gentes: y la tierra en su faz y en sus entrañas criaba, de los nuestros diferentes, aves, reptiles, plantas y alimañas; allí entre cataratas y torrentes, y lagos y volcánicas montañas, cerrado a Europa por el juicio eterno estaba aquel edén, que es hoy infierno.

VΙ

Aquellas cordilleras gigantescas alfombradas de cedros colosales, aquellas grutas cóncavas y frescas entoldadas de liquen y nopales, aquellas scledades pintorescas pido de colibrís y cardenales, aquellos silenciosos precipicios de la labor del hombre sin indicios;

VII

Aquellos cerros de peladas crestas rajados por las lluvias tor entales, aquellos ilanos de combadas cuestas cuajados de espinosos magueyales; aquellas rampas ásperas y enhiestas festonadas de estériles juncales, aquellos extensísimos desiertos al sol no más y al huracán abiertos.

VIII

Las playas de aquel mar do á nuestras gentes asaltan á traición fiebres mortales, squellas tierras bajas que, calientes, nutren selvas de virgenes frutales, aquellos golfos sin cesar rujientes que ondulan sobre bosques de corales, encerraban el oro codiciado por la Europa famélica soñado.

IX

Y era verdad: había un nuevo mundo tras de distinto mar del mar del moro; un nuevo mundo real, virgen fecundo, paraísc feraz preñado de orc: y envuelto en el misterio más profundo guardado había Dios aquel tesoro, con que Europa soñó calenturienta de oro y hazañas pródiga y sedienta.

٠X

Por vagabundas tribus mal poblado existía aquel mundo: verdad era Dormía allí la corsa sin cuidado de la desierta loma en la ladera; al lago, por el hombre aún no enturviado bajaba sus cachorros la pantera; y el condor, aún por él no perseguido, hacía entre los árboles el aido.

XI

De aquellos lagos límpidos á orillas iban entre esos juncos tan preciados (símbolos de la ley en las golillas, lujo de nuestros viejos magistrados), ágiles á trepar grises ardillas, y á sestear los bisontes fatigados, y á digerir los avarientos boas, y á esconder los salvajes sus canoas.

XII

Y eligiendo allí en paz sitios propicios de su industrial familia á las labores, labraban sus curiosos artificios hábiles arquitectos los castores: tal vez de los primeros edificios labrados en la tierra constructores al hombre errante por su inculto suelo de la primera ciudad dieron modelo.

IIIX

Alli á la margen de insondables ríos que hierven al calor de los volcanes, cuyas riberas y álveo bravíos sacuden terremotos y huracanes, pelícanos volaban y tildíos, garzas y papagayos y faisanes; y se iban á esponjar en sus remansos ánsares roncos y silvestres ganzos.

XIV

Allá en llanuras que jamás la caba desenyerbó, y en bosques cuyos palos sierra ni hacha privaron de su b. ava vegetación ni les dejaron ralos, crecia la aromática guayaba, la xagua de buen ver y frutos malos, la piña, el chirimoyo y los mameyes, manjar del volgo allá y aquí de reyes.

XV

Y allí otra raza de hombres diferente, de distintas costumbres y lenguaje, tal vez mejor, tal vez más inocente que las de Europa, pero más salvaje, por aquel ignorado continente de la vida mortal hacía el viaje: sin conocer la religión ni el nombre del Uno y Trino Redentor del hombre.

XVI

¿Quiénes eran? ¿De dénde habían venido? ¿Por dónde babían saltado á aquella tierra que un mar inmenso por bajel no hendado en un abismo circular encierra? Prole de Adán, si de él habían nacido, ¿qué cataclismo incógnito, qué guerra de elementos el globo desquiciando les aisló entre los mares? ¿Desde cuándo?

XVII

Del primitivo origen de su raza conservaron recuerdo tan exiguo, que aun hoy buscamos la perdida traza que une su raza á la del mundo antiguo: vivían de la pesca y de la caza algunes de sus tribus en ambiguo estado y condición semi-salvaje, tan pobres de corazón como de traje.

XVIII

Otros empero con mejor instinto social, con más saber y aspiraciones, poblaron de ciudades el recinto que les cupo en tan fértiles regiones: diversa ilustración, genio distinto á sus originales poblaciones dieron otro carácter y otro sello, mezcla de lo monstruoso y de lo bello.

XIX

Ni Egipto, do entre nieblas y misterio su faz Adán tras Moisés asoma, ni el ojo avaro del celeste imperio que origen cuenta que en los astros tema, alcanzaron á ver este hemisferio que ni Grecia soñó, ni invadió Roma: la fe de España con la luz de Cristo abrió al mundo aquel mundo nunca visto.

XX

Colón abrió á la fe el teatro inmenso de la América idólatra; la España consagró á Dios su territorio extenso: fe y valor se pusieron en campaña, húmedo en sangre se quemó el incienso y en aquella región nueva y extraña, último paladín de la Edad Media. abrió Cortés su heróica tragedia.

IXX

¡Dios, que al viejo Colón diste la llave para abrir à tu luz la tierra entera; que en él mostrastes el poder que cabe en un alma tenaz que crée y espera; que echar les vistes en su frágil nave la fe y las joyas de Isabel primera y el globo eslabonar de zona à zona con el anillo de su real corona.

$\Pi X X$

De Isabel y Colon bajo tu manto las nobles almas en tu gloria encierra: que nunca vuelvan desde el cielo santo su mirada inmortal á aquella tierra: que no vean el mar de sangre y llanto en que ahoga de América la guerra la fe, el honor, la ley, las tradiciones, que la llevó la cruz de sus pendones!

HIXX

¡Dios, por quien vivo y cnya sombra adoro! Clemente Dios cuya paterna mano mi fe sostuvo sobre el mar sonoro, y me amparó en el mundo americano; yo que á aquel litoral no fuí por oro, que amé allí al infeliz Maximiliano, voy á enviar á su féretro sangriento el último suspiro de mi aliento.

YXIV

¡Dios, luz de la cristiana poesía, que me has visto exhalar en tus altares todo el aliento de la vida mía y toda la honda fe de mis cantares, hoy en este lamento de agonía es cuando necesito que me ampares! Haz que sea en América mi acento rujido de león calenturiento.

XXY

Pero antes de exhalarle audaz, salvaje, como le arranca al corazón de Europa de la feroz América el ultraje, y de volverla de su hiel la copa.... joh excelsa poesía! tu lenguaje celestial y tu noble y aurea ropa que envilezca perdóname y que arrastre de tal pueblo al hablar y tal desastre.

XXVI

Para hacerme entender dar de su h's'oria prosaicos detalles necesito:
mas cuando de ella la mohosa escoria hoy con la pala del recuerdo agito, tu poética faz, tu luz de gloria, jay de mil sé que anublo y que marchito; y parte tal de la leyenda mía es narración vulgar, no poesía.

LIBRO PRIMERO

MEXICO

NARRACION

1551

ī

Era en el siglo aquel de las hazañas, en que hidalgos de rústicos solares abrían á la fe nuevas Españas.

Después que el buen Colón la abrió los mares y poniendo de madre con entrañas en su pendón la cruz de sus altares, iba España por ambos hemisferios abriendo mundos y borrando imperios.

11

Pisa Cortés la playa Mexicana, y abarcando su espléndido horizonte se tiende su mirada soberana de volcán en volcán, de monte en monte. De ellos detrás de multitud lejana que airada espera que contra él se apronte son amenazador le trae el viento.... y audaz le aspira con placer su aliento.

Ш

Tras aquellas coclópeas montañas y agrestes precipicios solitarios, á donde huyen ante él de sus cabañas míseras los medrosos propietarios, siente alzarse contra él huestes extrañas al rumor de sus pasos temerarios: vendrá acaso sobre él la tierra entera, y él la siente venir y audaz la espera.

IV

Su ojo de halcón percibe entre la bruma por entre aquellos riscos y barrancos, que fía en Dios y en su constancia suma para poner ante su espada francos, empenachados de pintada pluma móvi es grupos y estandartes blancos; un pueblo, en fin, que en presentarse tarda y que á ver antes de atacar aguarda. De esos montes detrás hay un imperio al fia con su señor cruza mensajes; de uno á otro palabras de misterio traen y llevan extraños personajes. A su amago ceder es vituperio, y demencia exigir sus homenajes: mas el misterio penetrar que encierra es fuerza, aunque haya que forzar la tierra.

VI

Cortés cree que cejar deshonra á Españas su le, acicate de su honor, le incita á acometer la temeraria hazaña de avanzar sobre un pueblo, á quien irrita y asombra al par su pretensión extraña; su audacia más la oposición excita, y cuanto más glorios o le parece más en intento tal se fortaleco.

VII

De héroes un puñado le acompaña para dar cima á tan hercúleo antojo; asombrada su hueste grita "¡á España!" Cortés sus naves sin temor ni enojo quema, y abre su homérica campaña, diciendo á su legión con neble arrojo: "Para volver del mar á la otra erilla ésta hay que conquistar, Dios por Castilla...

VIII

Fe, fortuna, valor, estratagemas, tenacidad, homéricas campañas, desventuras sin par, cuitas extremas, inconcebibles, épicas hazañas, que no caben en los libros ni en poemas, marcaron en los mapas des Españas; tué española del mar la doble orilla.

México por Cortés! ¡Dios por Castilla!.

IX

Asombro de ambos mundos su victoria, à Cortés del pasado entre la bruma admiran à la luz de tanta gloria los que no envidian su victoria suma. ¿Cuál es después de México la historia? Veloz sobre ella al resbalar mi pluma, tal vez à ser mi càntico descienda frio resumen de vulgar leyenda.

X

"Por España y por Dios, con fe y sin miedo dijo Cortés entrando los lugares:
"Por Dios y por España, el padre Olmedo decía detrás de él alzando altares.
La furia del soldado templó ledo de Cristo el sacerdote: y ambos pares en la fe, y en valor nadie el segundo, dieron á Carlos quinto un nuevo mundo.

XI

El primero de austriaca dinastía, Emperador y Rey Carlos primero soñó en si vincular la monarquía universal, ser rey del mundo entero. Dios casi se la dió, cual ser podía en siglo tal, fanático y guerrero: alumbrando discordias y esterminios. no se ponía el sol en sus dominios.

i XII

Carlos, rey en sus reinos extranjero, imperó en el desorden provocado sólo por él: se levantó Lutero cortra Roma: harto de ella y ultrajado se alzó contra su corte el comunero: el viejo mundo, en guerras empeñado por él, se hundió en desorden tan profundo que infiltró el germen de él al nuevo mundo.

XIII

En veno el capitán noble y valiente enviaba desde México à Castilla de aquel nuevo país y nueva gente crónica ingenua en narración sencilla: en vano el sacerdote inteligente de la fe derramando la semilla, pedia pera el indio mexicano á la Ig'esia favor y al Seberano.

XIV

Era un siglo de gloria y entusiasmo: soñó Europa no más que guerra y oro: creyó que había dormido en un marasmo de indigencia á la boca de un tesoro, cuando á la pobre España vió con pasmo avasallar el mar, rendir al moro: y rey de medio mundo el rey.de España, contra la otra mitad salió á campaña.

∇V

Robó tierra á la Iglesia la herejía, la ardiente inquisición saltó á la arena en favor de la fe y la monarquía; Francia arriesgó tenaz, de celos llena, contra el Emperador cuanto tenía: y él para batallar en tierra egena, viendo no más en México un tesoro, le decía no más "mándame oro..."

XVI

El rey al labrador para soldado sac ba sin piedad de sus hogares, dejando erial el campo no sembrado: la inquisición en pro de los altares arrancaba al judío del mercado y al morisco industrial de sus telares; que iendo con un celo temerario dar cristianos á Dios y oro al erario-

XVII

Y en pos de libertad ó de riqueza, cuantos la inquisición ó la justicia ó la guerra dejaban en pobreza, aprovecharon la ocasión propicia de salvar su cauda! y su cabeza de la fe armada y de la real codicia; y del juicio y la leva los azares esquivando lanzárense á los mares.

XVIII

Por más que los leales y los buenos, que se le habían ganado al soberano, le pedian de juicio y razón llenos que anviara solo al suelo mexicano jueces de envidia y ambición ajenos y sacerdotes de valor cristiano, él enviaba no más á quien más oro mandara desde México al tesoro.

XIX

Y el lad ón y el apóstata que huían de tribunal civil ó religicso, las polillas sociales que nacían del polvo de aquel tiempo borrascoso, langostas de la América, caían sobre su campo virgen y abundoso; y, lejos de la ley, iban sin freno de gérmenes de mal á henchir su ceno.

XX

Y el soldado rapaz, el fraile ignaro, el tornadizo de judío y moro, el juez venal, el mercader avaro, echando al mar vergüenza, fe y decoro, fueron á aquella tiería á vender caro fe, justicia, hasta su alma, á cambio de oro: y de mal estos gérmenes distintos dieron entre los indios y los pintos.

IXX

El indio es haragán, supersticioso, de limitado y torpe entendimiento; como desnudo, impúdico; vicioso como nutrido mal de acre alimento. El pinto, que es de México el leproso, nace manchado el cuerpo macilento de herpéticos lunares movedizos, exsudación de virus pegadizos.

HXX

Dios no nos dió en la tierra madre mala; pero aquí como allá la madre tierra al haragon y al vago no regala el pan ni el oro que en su seno encierra; iecúndanla azadón, arado y pala, no sangre derramada en larga guerra: así fué que los vagos que allá fueron, pobres aquí y en México se vieron.

IIIXX

Y el estómago de hambre y las entrañas de odio y pesar roidos, acordaron utilizar allí sus viejas mañas; las indias y las pintas no tardaron con ellos en unirse, y sus cabañas otra progenie résima albergaron: bijos de aquellos padres tornadizos hoy los léperos son y los mestizos.

XXIV

Mala sengre española y mala indiana, ni indios en realidad ni castellanos, brotó esta innoble reza americana, del cont nente occidental gitanos.

Y renegados de su raza hispana, y renugnando confesarse indianos, ni cristianos ni idólatras, lo mismo deshonran la india fe que el cristianismo.

XXV

Vale en España más horra que oro: reyes también de América sus reyes, dieron al fin à México decoro y alto valor social con sabias leyes; dieron, sin menoscabo del tesoro, pan y justicia al pueblo sus vireyes; y la Iglesia católica en sus templos le dio instrucción y de virtud ejemplos.

YXXI

Integ os ju ces, nobles caballeros, comerciantes exentos de avaricia y monjes evangélicos y auteros, en pro de la moral y la justicia esgrimieron al par leyes y aceros contra la iniquidad y la codicia: la razón alumbrando y las conciencias su virtud, su palabra y sus sentencias.

XXVII

Sabios de toga y nobles de golilla fueron con nobles de solar y espada a echar, bajo los fueros de Castilla, de otra raza leal, noble y honrada en aquellas regiones la semilla; solariega nobleza allí creada sembró allí el germen del honor cristiano prez del blasón del pueblo castellano.

XXVIII

El comercio, la paz, la fe y las leyes á México atrajeron la bonanza de la gloriosa edad de los vireyes; al camino sacó con conflanza el rey su oro, el labrador sus bueyes; la nobleza, el comercio, la labranza y el clero se flaron grandes sumas, sin haber menester prendas ni plumas.

XXVIX

No le ocurrió jamás á un castellane súbdito del buen rey Carles tercero, la palabra poner de un mexicano peor que la de un noble caballero. Giraba allá el comercio gaditano oro con que comprar un mundo entere; é indiano que de México venía, hasta el tesero real franco tenía.

XXX

Y era México un pueblo hospitalario,, rumboso, alegre, decidor, sincero; como hijo de andaluz un poco vario, mezcla de eomerciante y caballero: y enviaba sus millones al erario queriendo en la metrópoli primero ser hidalgo español que no escatima, que mercader á quien el dar lastima.

IZZZ

Como hijo de la alegre Andalucía pródigo de convites y de fiestas, aniversario de algo cada día, ferias tenía sin cesar dispuestas: y en medio de ruidosa coheteria, las campanas á vuelo siempre puestas, en jamaicas pasaba y coleaderos bajo un cielo sin par meses enteros.

HZZZ

El indio humilde, el lépero ladino ya á respe ar el fuero acostumbrado, siempre sagaz, pero jamás dañino, del español y el rico apadrinado, en la calle, el paseo y el camino al español y al rico bacía lado: viendo todos sin odio ó pesadumbre tal superioridad como costumbre.

HXXZ

Hombreaba Lidalgo el es sañol: el rico al lépero y al indio mantenía; mantenido y en paz, cerraba el pico el pueblo á quien tal yugo no oprimía; el ceño se fruncian un tantico, más podían llamarse cada día sin ponerse uno á otro en ningún potro lépero el uno, y gachupín el otro.

XXXIV

Aceptando ambos pueblos sus deberes de aquella sociedad indo cristiana y de siervo y señer los caracteres, tespañola honradez y astucia indiana) á fundie ayudando las mujeres, lazo común de la flaqueza humana, del indio astuto y del audaz hispano se produjo el carácter mexicano.

XLIV

Francia, realista aún, la independencia apoyó de los nerte-americanos por odio de Albión; tal imprudencia los gérmenes caldeó republicanos en los puebles conquista y dependencia hasta allí de los reyes castellanos: y el viento de la América del Norte nos envió la tormenta á nuestra corte.

XLV

éEra el soplo del sig o? Es cuestión grave. Que fué el soplo de Dios hay en el día quien opina tal vez; mas Dios lo sabe Lo que el manto rasgó á la monarquía, arcano es del que Dios tiene la llave: pero mientras España defendía su libertad, sus indias posesiones hacía alla la libertad girones.

XLVI

¿De quién la culpa? Lo dirá la historia. Para sondar tan nebuloso arcano, fresca aún de los hechos la memoria, no hay todaví: luz: aún es temprano: y ni es para el poeta tal victoria, ni hay tal poder en nuestra débil mano. ¿Quién rebeló la América española? Culpemos solo al siglo y á ella sola.

XLVII

Nuestro sigio es rebelde: no hubo modo de resistir al sigio. Comenzóse á recordar y á comentarlo todo: se evocó lo pasado: acostrofóse al castellano gachapin y godo.

Que era invasor tirano declaróse, y empezó en uno y otro conciliábulo la insurrección caliente á tomar pábulo.

XLVIII

Nadie dió una razón muy valedera para tal rebelión: nadie en tal hora de nadie esclavo ni oprimido era, ni era la autoridad más opresora; mas era el genio indócil de la era. Había una carcoma roedora la tradición monárquica-minado, y aspiró á gobernar lo gobernado.

XLIX

Lejos allá del trono la justicia, lejos el clero de la luz de Roma, lata la disciplina en la milicia, de aquella sociedad eran carcoma, superstición, abuso, odio y codicia; como en todo país que creces toma lejos de la metrópo i, impotente contra el volcán que brota de repente.

T.

Y joh mengua de la América españo'a! ¡Oh error de la rebeide raza humana que echa-sus males sobre sí ella sola! Los que amparaban mis la castellana dominación, y á quienes más desola el odio á España y á la fe cristiana del sangriento rencor republicano, dieron á la República la mano.

LI

Ua clérigo con otros el primero el estandarte del motín levanta; deja el altar y cíñese el acero á tal insurrección llamando santa. Recurso musulmán del que heredero es nuestro pueblo (y que ni espanta ni engaña á nadie ya): cuando interesa, llamamos santa á la peor empresa.

LH

Mas ni una hay que haya puesto por testigo ó por pretexto á Dios de su malicia que haya salido bien, ó á quien amigo haya Dios amparado en su justicia.

Les razas olvidó de que era abrigo México, en su política impericia, el cura de Dolores: y á su grito, se a'zó otro pueblo que el por él bendito.

LIII

"¿Libertad, igua'dad, independencia!
¡Mueran los españoles, los tiranos!
¡To los desde hoy iguales, su existencia
empiezan hoy por mí los mexicanos!,
Dijo el cura; y su ley fué su sentencia:
Todos libres por él y ciudadanos
hechos, á su pendón allegadizos
acudieron mulatos y mestizos.

LIV

Ley que al necio no más coje de susto es que quien mata á hierro á hierro muere, de árbol letal quien le cultiva arbusto, de áspid quien juoto á sí guardarle quiere. Es la ley del talión. Dios siempre es justo: quien elementos pútridos ingiere en cuerpo sano y opio en planta buena, cuerpo y planta marchita y envenena.

LV

Libertad é igualdad: principio santo tal vez que el curu Hidalgo sacó á plaza contra el pueblo español; mas que entretanto que él le aplicaba al suyo, cada raza se le aplicaba á sí, bajo su manto dàndose de acojerse prisa y traza; y levantó las dos que con las leyes niveladas tenían los vireyes.

LVI

"Libertad, Igualdad Fraternidad,
Tres palabras que encierran grandes miras
para el bien de la humana sociedad,
y que han sido hasta ahora tres mentiras;
pues tan solo la han dedo en realidad
opresión, desnivel, discordia é iras:
mas tres palabras son que, una vez sueltas,
han de hacer dar al mundo muchas vueltas.

LVII

La de México sué vuelta complete: se hizo libre, salió de tutoría. Yo no sé si sué vuelta ó voltereta en república dar de manarquía; pero esta no es cuestión para el poeta. ¿Por qué está desde entonces la anarquía entronizada en México? Es un pun'o para el historiador; no es nuestro asunto.

LVIII

El mulato, el mestizo, el pinto feo, eran hombres sin duda como todos: mas, en vil sociedad é innoble empleo, de mal inelinto y de peores modos; eran, si va á decirlo sin rodeo, los polvos de que vienen estos lodos; eran lodo social, fermentaciones del limo vil de Adán en las naciones.

LIX

Republicano ya é independiente, tuvo en su sociedad que dar cabida México liberal á aquella gente; y ella astuta y sagaz, bien advertida, ingiriéndose en ella mansamente, inoculó en la savia de su vida republicana gérmenes perversos y de su esencia natural diversos.

LX

Aquellos á mandar por tantos años y en el hogar del blauco no admitidos, asa taron con cábalas y engaños el hogar y el gobierno prohibidos: mas llevando consigo sus amaños y vicios en la crápula adquiridos, infiltraron su hez negra y villana en lo azul de la sangre mexicana:

TXI

Porque el mestizo, el pinto y el mulato estremados en su odio al europeo, este odio la infitraron en su trato con la raza española: su deseo fué, con fe desteal é instinto ingrato, emplear desde la estafa hasta el saqueo, hasta quedarse del país señores únicos en los tiempos posteriores.

$\Gamma X \Pi$

Por eso se afanaron cada día la influencia en roer de la fe hispana falseando sus recuerdos; todo había sido opresión sultánica y tirana. Pero ¿y la religión? ¿y la hida guía? ¿y el comercio? ¿y la lengua castellana? Superstición, orgallo y latrocinio; digno de todo escarnio y de esterminio.

LXIII

Los hijos de los nobles castellanos vistos ya como indianos por las leyes, eran los verdaderos mexicanos al negar obediencia á nuestros reyes; dueños de haciendas mil ricas en granos, en chilares, en cañas y magueyes, sustentaban al pueblo y al erario con su alto lujo y su comercio vario.

LXIV

Mas vieron éstos con mortal disgusto á altos puestos optar antojadizos y ponerles tal vez el ceño adusto, á los que con desdén de advenedizos trataron: mas fué tarde y no era justo; los pintos, los mulatos, los mestizos, ya con ellos al par republicanos, eran libres también y ciudadanos.

LXV

Entorces unos con perar los ojos pusieron en Europa y la esperanza: otros vueltos al Norte harta despojos le ofrecieron por vientos de mudanza: se llamaron al fin mochos y rojos y entraron en lid de odio y de verganza, alzando dos banderas nacionales reaccionarios hoy y liberales.

LXVI

Desde entences, queriendo con el velo santo de religión y de civismo cubrir su afán de poseer el suelo, su igual intelerancia y egoismo; unos hen invocado al Dios del cielo y otros la libertad y el patriotismo; y ambos bandos, sin fe y con ira extrema, escriben "Dios y libertad, por lema.

LXVII

Mas es afán sacrilego y artero; pues no hay ya cosa allí que no se llame por su nombre genuino y verdadero: hoy, por mís que el político declame, detrás de la opinión se ve el dinero, trás las proclamas la ambición infame: hoy en México arrastran las pasiones la fe y la libertad entre cañones.

LXVIII

¡Oh fe sin Dios! ¡Oh libertad esclava, que vaso haceis en que beber sedientas del corazón en que el puñal se clava: que dais á vuestro Dios aras sangrientas y á vuestra. ¡ibertad mordaza y traba! Dios y la libertad os llevan cuent»; mas por no apadrinaros en el suelo, Dios y la libertad se han ido al cielo.

LXIX

Tal es la his'oria triste del moderno México y el carácter de esa tierra: tal la razón del desarreglo eterno y de la indócil inquietud que encierra. Tal el foco del fuego del infierno que da alimento á su salvaje guerra; inconcebible es vista por encima gente tan dulce en tan benigno clima.

LXX

México tiene un cielo que le cubre como un fanal azul y transparente; tibio, aromado, diáfano y salubre, templa el pulmón y el corazón su ambiente. Tan sereno en abril como en octubre brilla, jamás glacial, jamás ardiente; una sola estación sobre él impera: una suave y perenne primayera.

LXXI

Su sol, que reverbera en unos lagos cercado de volcánicas montañas, no hace al herirla en la pupila estragos; ni el ojo necesita las pestañas para templar sus resplandores vagos. Tibios, suaves, rosados y de extrañas tintas: no hay sol que al mexicano iguale cuando se ya del horizonte ó sale.

LXXII

Muy alto sobre el mar, el valle ameno de la Mesa Central, es el paisaje de más variados accidentes lleno: quintas floridas, páramos salvajes, pedregales y montes cuyo seno nutre olorosos árboles, plumajes que empenachan cimbrándose sus crestas; y que sombra y tapiz dan á sus cuestas.

LXXIII

Llanos que dan poquisimos afanes, y gran cosecha al labrador; calizas rocas en donde aún abren los volcanes bocas que obstruyen hoy muertas cenizas; ruinas do aún salen á vagar los manes de héroes, que entre las ondas movedizas de las laganas de Texcoco y Chalco hallaron cristalino catafalco.

LXXIV

Y en medio de este valle pintoresco, perla prendida en árabe acerico, ciudad como esas que el primor ebinesco labra sobre el marfil de un abanico, blanco, claro, gentil, áéreo, fresco, México yace perezoso y rico, como sultán que en sus jardines fuma viendo al mar á sus pies hacer espuma.

LXXV

México es la ciudad de los cantares, huerto rico de frutas y de flores; y en medio de la guerra y sus azares, y en medio de la peste y sus horrores, se mece en sus chinampas seculares cantando ante su tumba sus amores en un cantar que abarca estos extremos: *Cantemos hoy; mañana moriremos.,

LXXVI

Mezcladas, aunque hostites, hoy sus razas y hechas de su política á los giros, en salones, haciendas, campo y plazas bailan, ya acostumbrados, entre tiros, besos, quejas, requiebros y amenazas: viven entre cantares y suspiros, y mueren con la misma indiferencia de batalla ó festín per consecuencia.

LXXVII

Galanes y diestrisimos jinetes, llevan en sus caballos un tesoro en chapas, hebillajes y filetes; y ostenta, recordando el gusto moro, su cairelado arnés flecos y herretes: gastadores sin par de tiempo y oro, toman, mirando el oro como barro, por liberalidad el despilfarro.

LXXVIII

Hechos á ver sin pesadumbre alguna, cual sin placer ni afán enjuego y guerra, dar vueltas á su vida y fortuna, que un naipe ó un cañón corta ó encierra, de su viaje al panteón desde la cuna el camino peor no les aterra: lo necesario es oro para el viaje; y con la guerra van juego y pil·aje.

LXXIX

Sus derechos iguales todo á todos, ciudadanos é iguales les conceden: en toda era y país por varios modos pocas del oro á la virtud no ceden: dicen: "Barnid dorado limpia lodos; no hay peces que en red de oro no se enredem,, Todo allí todos á su alcance miran, todos á todo sin temor aspiran.

LXXX

Y hechos de limo tal los mexicanos, y'á vivir en la alerta y suspicacia de nna guerra, que cambia los hermanos en enemigos y la fe en falacia, pueden con los más diestros cortesanos, competir en destreza y diplemacia: y no les hay sobre la tierra iguales en gracia de palabras y modales.

LXXXI

Este pueblo habla aún el castellano, mas con tal fraseología y tal acento, que el lépero más rústico y villano sabe en ella expresar su pensamiento con un periodo culto y cortesano, con tono dulce, cadencioso y lento, de imágenes y tropos con gran copia, con natural acción, fácil y propia.

LXXXII

México es el país de más talento, de más gracia, más magia y más encanto en su trato social; el sentimiento está en sus frases con cariño tanto expresado y tan bien cada momento del amor y la fe tan bajo el manto, que sus pláticas , de encanto llenas, thermanas del antar de las Sirenas.

LXXXIII

¡Angel mio! ¡primor! ¡mi alma! ¡mi vida! Cuanta frase al decir presta incen!ivo, va en su conversación tan repetida, cual si fuera de amor diálogo vivo. Es nuestra lengua, si: desposeida de su carácter varonil nativo: el español hablando es franco y grave, el mexicano seductor y suave.

VIXXXX

Rápido en concebir, en lo que piensa cuando la idea se le ocurre, abarca su scepción y ampliación la más extensa, y en su interpretación vía se marca con su veloz perspicu dad inmensa; siempre está sobre sir jamás se embarca en agua cuyo fondo no sondea: siempre á su fin para llegar rodea.

LXXXV

Dulce y flexible, cuanto astuto y vivo, envuelve en la palabra el pensamiento con el giro más diestro y persussivo, y el eco musical dá de su acento con su faz y su acción doble atractivo. La mexicana que relata un euento tiene en su acción graciosa y su voz suave algo del vuelo y del cantar del ave.

LXXXVI

Todo allí es seductor, todo allí es grato; todo embelesa, atrae, deslumbra, embriaga, c ima, país, lenguaje, hábitos, trato; hasta el mismo desorden que lo estraga, todo, es característ co é ionato; no hay allí mal que no parezca plaga: inflerno que fué edén aun en su suelo hay no sé qué del primitivo del cieto.

LXXXVII

Tal fué México ayer; tal es, en suma, hoy: mezcla de contrarios elementos: con sangre de Cortés y Moctezuma y con odio á los dos: rico en talentos, cauto, sagaz... y vario como espuma del mar que agitan sobre el mar los vientos. Y á esta nación del mundo americano fué engañado á reinar Maximiliano.

· colait

LIBRO SEGUNDO

MAXIMILIANO

I

Tibio, rosado, diáfano, sereno, daba su limpia luz á una mañana un sol primaveral De vida lleno, México respiraba el áura sana que le traía en su ondulante seno el aroma vital de la cercana sierra cedrosa, y los perfumes vagos del agua azol de los salobres lagos.

11

Y esta áura en sus balsámicos vapores á la risueña capital traia vago son de campanas y tambores, que brotaba confuso en lejanía. La ciudad exhalaba mil rumores que acusaban de insólita alegría, con su alegre susurro y movimiento, de placer un incógnito elemento.

Ш

No hay mirador, ni torre, ni azotea sin pendón, banderola ó gallardete: ni minuto en que alzarse no se vea á estallar en los aires algún cohete. Mal parece la esquina en que no humea exhalando su aroma algún pebete: lazos, clfras, divisas, pabellones, y guirnaldas en rejas y balcones.

IV

Do quier se tienda la curiosa vista, halla de la ciudad vestido el casco de terciopelo, brocatel, batista, razo, blonda, moiré, tul y damasco. Canastillo adornado por florista, ó de ambar chino cincelado frasco á una novia ofrecidos por su amante, México se parece en tal instante.

v

Entapiza sus calles fina arena; mástiles, pilarillos y jarrones sostienen de jazmín, rosas, verbena y enredaderas ondas y festones; su bulliciosa población, ajena de afán, por puertas, pórticos, balcones, puentes, pretiles, muestra la galana México, la Venecia americana.

Vī

Cruza allá una simbólica carrosa que alegoría del país encierra, en torno de la cual piafa y retoza cuadrilla de ginetes de la tierra. Allá el camino artificial destroza tren militar con séquito de guerra, y allá atraviesa un vítor de muchaches cargado de infantiles mamarrachos.

VI

Indias allá que trotan divididas de su cuadrilla de indios forastera; besos, encargos, señas, despedidas de balcón á balcón, de acera á acera de familias fuereñas, que perdidas van un puesto à buscar en la carrera á la cual su torpeza ya en retraso busca afanosa sin hallarle paso.

VIII

Acota esta carrera una muralla de marciales trofeos y pavese : cubiertos como en día de batalla de sus armas y bélicos arneses, desde el campo al palacio forman valla zuavos, dragones y húsares franceses: brillando en sus cuseñas y pendones la N de los audaces Napoleones.

IX

Mostrando entre sus filas van ufanos al francés que le admira y le desdeña, su traje nacional los mexicanos, sin dar la faz á la francesa enseña: sino enviando galanes besamanos á sus mujeres, cuyas faz risueña asoma alegre entre aderezos ricos á través de sus blondas y abanicos.

X

Todo es el aire señas que se cruzan, abanicos y guantes que al acaso caen: flo es que albas manos desmenuzan, lentes, pedazos de batista y raso, que acaso el paso y el deseo azuzan de alguno que al pasar los coje al paso: consecuencias del sér, culpas eternas de las fiestas antiguas y modernas.

XI

Son el compendio de la humana vida; do quier que el mundo de placer ó duelo á espectáculo alguno nos convida, cubre do quier la multitud el suelo.

Uno del espectáculo se cuida, y mientras mil, de goces con anhelo, en buscar el placer su ingenio agotan, pasa olro á quien coronan ó acogotan.

XXIV

La águila liberal republicana de la francesa al litoral huía: por la primera vez México ufana ver claro el sol del porvenir creía: y acaso ya la pompa cortesana le alhaga de la fiesta de aquel día; pues monárquica ayer, tal vez simpática ve su futura vida aristocrática.

XXV

Mas ¡ay! olvida su moderna historia:
de un antérior imperio se nos cuenta
la rápida y fatídica memoria
en una breve página sangrienta:
México espera del imperio gloria
y en tan dulce esperanza se apacenta:
mas ¿quién sabe si Dios le abre en su imperio
en lugar de un jardin un cementerio?

XXVI

La que del sol de la esperanza brota es una luz rosada, que ilumina con rayos de oro la región remota donde risueña la ilusión domina; mas su horizonte azul en playa ignota de mar tempestuosísimo termina; en cuya playa estéril llora uraño solitario y desnudo el desengaño.

TIVZZ

¡Quién sabe si la raza mexicana que á su segundo emperador espera, su segunda corona va mañana en la sangre á arrojar con la primera! Mas retumba el cañón: ya la campana la comitiva anuncia, y la carrera despejan por las filas circulando señales de atención, voces de mando.

XXVIII

Ya está libre la via: ya el ambiente vibra al son de las trompas y atabales: ya ve avanzar la mexicana gente sus tropas y banderas nacionales, donde brillan con luz de sol naciente la corona y las armas nacionales: y en cien carrozas de esplendente lujo cuanto mantiene autoridad é influjo.

XXIX

Clero, ciudad, consejos regidores, las damas de palacio, la grandeza, chambelanes, regencia, embajadores, ciencia, magistratura, armas, nobleza; placas, bordados, plumas, blondas, flores, la corte, en fin, con su imperial riqueza, como un enjambre de áureas mariposas, avanza entre una lluvia de oro y rosas.

XXX

Luego en grupo fantástico que ondea, la imperial comitiva, que camina con grave lentitud: en él campea de la brillante guardia palatina el uniforme rojo y la librea roja imperial; cuyo color domina de aquel dorado grupo entre las olas, como entre rubia mies las amapolas.

XXXI

Y... ¡qué de!irios la aprensión inven'a! El rojo que, apagando los colores todos, al avanzar rojos ostenta pajes, guardias, aurigas, picadores... De su manto imperial cauda sangrienta parece tras los emperadores...¡Color siniestro, cuyos visos rojos vértigo dan al alma y á los ojos!

NXXX

Ellos sor: la apiñada muchedumbre se aglomera, y á verles se prepara, de ver á sus monarcas sin costumbre y espectáculo tal de ver avara. Ya avanza entre su roja servidumbre la carroza imperial; ya cara á cara mira el pueblo á sus nobles soberanos, y .. olvida por mirar lenguas y manos.

HIZZZ

Ellos son: la simpática Carlota de alto decoro y dignidad modelo; sencillez en alcázares ignota da á su faz juvenil púdico velo: grave, serena, perspicaz, lo nota todo, y mira de frente, sin recelo de perecer, fijándose, altanera; que no tiene no blez su alma sincera.

VIXXX

Su cabeza gentil se gallardea en sus hombros con gracia soberans; su frente nobilísima rodea con la imperial diadema mexicana; en sus brillantes diáfanos campea el águila que fué republicans; y al pueblo absorto al saludar Carlota, luz, como un astro, de su frente brota-

VXXX

Blanco como los copos de la nieve que de Alemania cubre las montañas, rubio, que dar al sol envidia debe; y tan rico de barba y de pestañas que, cuando al saludar su busto mueve, de su barba partida las marañas riquísimas circundan su semblante de áurea luz con ráfaga ondulante.

XLVIII

¡Sexo noble y leal, Dios te bendiga!
Dios por tu instinto fraternal te abone
cuando el ruin odio que tu pueblo abriga
contra la Europa tras la lid se encon :
tú que tiendes no más tu mano abriga
al que ahí Dios en el tormento pone,
¡que Dios te tienda su Paterna Mano
entre el pueblo al fallar y el soberano

XLIX

Fué una ovación al fin: frente el palacio al llegar, de ambas callas de Plateros las damas anublaron el espacio capastillos por él lanzando enteros sobre el silencio descortés, reaccio y ofensivo á tan nobles extranjeros: una voz delicada y femenina hizo al pueblo estallar como una mina.

 \mathbf{L}

"¡V¡va el Emperador!, A par veloces son la electricidad y el entusiasmo; evocó aquella voz todas las voces é hizo al pueblo salir de su mara; mo; y aun los republicanos más feroces arrastrados sintiéndose con pasmo, rompieron, á su franca iniciativa, en un inmenso y estruendoso viva.

LI

Como abriendo sus flancos de repente lanza ua nublado en el barranco seco abierto entre dos montes un torrente, en el ámbito azul del aire hueco lanzó aquel viva unánime, estridente, un torrente de ruido, á cuyo eco endeó sobre la plaza y el palacio la trama de la luz en el espacio.

LII

Roto una vez su dique, el agua, el ruido, y el entusiasmo al fin se precipitan, y son inundación, trueno, estallido, frenesí, que arrebatan y que agitan cuanto al precipitarse han recogido.

Y así en México estallan, crujen, gritan y repican frenéticas y locas, salvas, campanas, músicas y bocas.

LIII

Entraron en su alcázar entre flores y entre ésta, aunque tardía, gigantesca aclamación los dos emperadores. El sangriento color de su libréa fué el último de todos los colores, que vió la multitud que vitorea; y el séquito imperial dejó en mis ojos del siniestro color los visos rojos.

XLII

Roma arriesga con él su fe y su oro: su sangre el Austria y Bélgica; la Francia sus soldados, su fama, su decoro, su dinero y su actual preponderancia: de su honor, su comercio ó su tesoro tienen algo á que dar fe ó importancia del imperio de México en la tierra cuantas acciones hoy la Europa encierra.

XLIII

Roma tiene una niebla ante los ojos. Roma ha escuchado erróneos consejos, y ha cedido á políticos antojos; y aunque jamás sus ojos serán viejos, ha mirado al imperio con encjos y hoy de Roma está México más lejos. El imperio cs católico: en América por Roma lidia mal la Fe colérica.

XLIV

MAXIMILIANO

Madre, tú estás del mar al otro lado, y en el pueblo revuelto que dirijo han vendido tu hacienda en el mercado. Madre, ilústrame tú, yo soy tu hijo.

ROMA

Que restituyan todos: me han rohado.

MAXIMILIANO

Transije, Madre santa.

ROMA

No transijo.

MAXIMILIANO

Perdónales si nó.

ROMA

No les perdono.

MAXIMILIANO

El perdón base de la fe y el trono será; cede, acomódate.

ROMA

No cedo:

mi hacienda es la de Dios: no hay acomodo.

MAXIMILIANO

Madre, es un laberinto en que me enredo. Cedamos algo, ó lo perdemos todo.

ROMA

Tú eres Emperador: yo nada puedo. Ceder: soy infalible.

MAXIMILIANO

Pues me quedo.

Y por tí, buen católico, me inmolo. A la merced de Dios!—Lidiaré solo.

Maximiliano en México ba'alla solo: Roma lo ve... no puede... y calla.

XLV

Francia va á la cabeza de la Europa: hoy centro del comercio y de las artes, tremola con ventura viento en popa su glorioso pendón por todas partes. Roma vive por ella: libre Italia venció al Austria por ella en Solferino: Africa se la abrió: no ve la Galia cerrado á su valor mar ni camigo.

XLVI

Es gran nación, acaso la primera; pero no se hará amar en tierra alguna porque en todas incómoda extranjera jamás se identifica con ninguna; porque audaz, petulante y altanera es hasta á sus amigos importuna, y creyendo á sus pies la tierra entera siempre al fin se la vuelve la fortuna: cuando da humilla, cuando ampara ofende y pára en ser vendida, sino vende.

XLVII

MAXIMILIANO

Francis, amparame biev, ó no me ampares.

FRANCIA

¥o mando, soy la fuerza de tus manos.

MAXIMILIANO

Vo quiero la razón en mis hogares.

FRANCIA

Vo te avasallaré á los mexicanos.

MAXIMILIANO

Yo me los baré amigos: sus altares, su patria, mios son: son mis hermanos.

FRANCIA

No te amaráa.

MAXIMILIANO

Abdicaré.

FRANCIA

La vida

juegas: partiré antes.

MANIMILIANO

Tút

FRANCIA

Sin duda:

Francía no debe errar ni ser vencida. Tú eres el responsable.

MAXIMITIANO

Tal ayuda

es traicións

FRANCIA

Pero es mía la partida-

MAXIMILIANO

Mi fe ante el mundo y ante Dios me escuda-

FRAN

Por ella motirás.

MAXIMILIANO

Lo sé y me inmolo. ¡A la merced de Dios!—Déjame solo.

Y sólo, ejemplo de leal constancia, lidia con la República sin Francía.

XLVIII

Inglaterra... va sola. Comerciante de escasa propiedad de tierra ingrata al labrador, isleña navegan'e, de la marina universal pirata, ni cree que hay otro Dios, ni por delante lleva más su política que plata: toda revolución la da intereses. y revuetta nación, pesca de ingleses.

XLIX

Y el drama de interés más palpitante que ha puesto nuestra época en escena, es el drama de México: anhelante la Europa asiste á é': de encono llena, la América española está delante del proscenio agitándose, serena al parecer la Unión calla arrogante, mas la opinión del público envencua

hábil y sutilisima intrigante; y espera el desen'ace, que condena á América ó á Europa eternamente el mercado á perder de un continente.

L

Y he aquí la incierta situación del drama del cual en su alma el buen Maximiliano sin conducir la acción, teje la trama. ¡Dios al final le tenga de su mano! El no conoce á México y le ama: monarca liberal, por ciudadano se tiene ya del pueblo que le llama señor, y de su pueblo por hermano.

ы

México empero, ingrato americano, de gérmenes viciados amalgama, se hartará del amor de un soberano que paz en cambio de su amor reclama; le venderé, calumniará su fama y le hará al fin (si con furor villano su generosa sangre no derrama) caer y huir llamándole tírano. Y él, del arbol de Hapsburgo noble rama, sólo, privado del favor romano, y de la Unión y Francia ajeno al dolo, si vence Emperador, vencerá sólo; sólo caerá si cáe... mártir cristiano.

LII

Porque ¡es verdad! la Francia le abandona como á un desheredado aventurero; y él que de noble príncipe b'asona, queda sólo, á probar al mundo entero que acepta, rey leal, buen caballero, de Emperador ó mártir la corona. ¿Será al fin en su solio mexicano mártir ó Emperador Maximiliano?

LIII

¡Dios, único que ves en lo futuro y que lees en las almas; Juez Supremo del súbdito y del rey; único puro y en quien no cabe error... yo debo y temo de su siniestro porvenir oscuro llegar con él hasta el ignoto extremo... Yo no temo morir en tierra extraña, mas no quiero morir sin ver España.

LIV

Oye ahora, Alarcón:... yo le he seguido por todas las escenas de su drama. Su abnegación me asombra: su fe mido por ella, y su fe muda mi fe inflama. Por su poder magnético atraido marcho tras él: mi corazón le ama: y Emperador ó mártir, triunfe ó muera, no perderá de vista su bandera.

LV

¿Por qué? ¿quién soy? ¿qué valgo? ¿qué supongo? ¿qué la añade, qué pesa en su fortuna que en la balanza de su imperio pongo mi fe? ¿Presumo de importancia alguna? No, Pedro mío, no; quien en su tierra ni en la nuestra imagine que bravéo, ni que por algo superior me créo, ni necesario à nadie, ó miente ó yerra.

LVI

Yo no seré jamás ni nunca he sido más que una voz lanzada en el espacio por Dios, mi Criador; un vagaroso murmullo, el casi imperceptible ruido de un átomo sonoro, desprendido del ruido universal, que en el reposo nocturno exhaia su fugaz sonido, á la luz de esas chispas de topacio que al mundo alumbran cuando está dormido; un eco que en América perdido Maximiliano oyó, y en su palacio le hizo sonar porque halagó su oído. ¡Ay!... y ni áun le halagó por su armonía, sino porque en América le oíal

LVII

Eso soy: eco que precipita del aire hueco por la extensión

la voz amante de una alma errante. que necesita cantar constante la fe inmarchita del corazón. ¡Voz vagabunda, santa ó precita, tal vez oriunda de la maldita sima profunda del hondo averno. del que no alegra la noche negra ni un rayo pálido, ni un dulce son! iVoz tal vez de alma de fe infinita: mas que sin calma gime y se agita cump'iendo un p'azo de expiación: viendo á lo lejos la luz bendita y en torno errante de la mansión, que con reflejos de gloria inunda la faz radiante del Sér Eterno. en cuya palma posa y gravita viva v tecunda la creación!

LVIII

Voz solitaria que consonante con cuanta varia modulación lanzan al viento esos millones de vagos sones que, en reunión, forman (aliento del mundo vivo) el son solemne, perpetuo, activo de su perenne respiración, inquieta gira, de todo roido que va perdido loca se inspira; de toda extraña voz se acompaña: de todo eco hace reproducción.

ZLI

Y aguda, lenta, tierna, vibrante, ronca, violenta, triste, exaltada, fresca, espirante, cóncava, ahogada, trémula, llena, vaga, sonora, desesperada, desgarradora, de gozo y pena rara expresión. trina, suspira, murmura, llora, gorgea, ruge, retumba, canta, ondea, muge, deleita, encanta, conmueve, inspira, mece, enamora, arrulla, hechiza, crispa, amedrenta, pasma, electriza, hiere ó espanta, conforme aumenta, mengua, se auventa, ó se adelanta ó se acrecienta. según lanzada ó avareada va despeñada con la cascada. ó arrebatada con la tormenta del aire cóncavo por la región.

LX

Ya susurra en las hojas de olmos y cañas; ya entre las algas ilojas, las espadañas y el liquen de los lagos y las montañas; ya exhala con las aves gorgeos suaves; ya eleva con la fuente rumor bullente y burbugéos vagos de agua corriente: ya silva entre las grietas de los breñales; ya zumba en las veletas y en los cristales de alcázares, casti los y catedrales.

LXI

Y al fin rodando de soto en soto, de vega en vega, de coto en coto, se va alejando de monte en monte, y hasta el mar llega, que el horizonte cierra en su círculo sin solución; y con sas hondas de orlas redondas da notas hondas, cuyo hondo son sobre las olas, que por si solas nacen, renacen, y se deshacen, y otra vez se hacen, y se rehacen en su perpetua reproducción, se desarrolla, comba v ondéa, hierve, borbolla, flota, cimbréa, bulle, se mece, boga, se aleja, del agua encima llevar se deja, va se aproxima, ya desaparece; se va: se crece: retumba, vaga, vibra, se apaga: reaparece, se desvanece; y al fin fenece flévil y exhausto su último son entre las nieblas con que la bruma da á las tinieblas fleco ondulante, antes que errante y agonizante la luz se suma, cuando la sorbe la noche densa bejo su inmensa sombra flotante, que sirve al orbe de pabellón.

Y allá á lo lejos entre el sombrio

tul del vacío, ya sin reflejos que le den pálida coloración, aun el oído cree oir predido de su sonido la vibración...

> Y es de la espuma burbujadora que le devora la ebullición.

LXII

Y eso soy: nada más.—De orgu'lo ajeno, extraño casi al mundo en que respiro, yo no soy más que un átomo que sueno y en el silencio de la noche giro del aire azul en el vacío seno; vibro un instante en él, y en él espiro.

Y eso es no más lo que mi sér encierra: y hoy no soy más que el son fugaz, liviano del eco de su nombre, que en la tierra dejará tras de sí Maximiliano: y con este papel en que de lleno su llanto y fe mi corazón derrama, ni blasono de ser, ni á ser aspiro más que el sincero é intimo suspiro de un corazón que agradecido le ama: el jay! postrero de la voz amiga que tras su solio ó su sepulero diga: "¡Viva el Emperador!, al fin del drama.

SEGUNDA PARTE

LIBRO CUARTO

FE Y PATRIA

Agosto, 1866.

I

Yo he visto á Dios su protectora mano tenderme sin cesar: cuando rujía voraz bajo mis pies el oceano, cuando el cañón que frente á mí crujía cubría de cadáveres el llano, cuando hervía la peste. ¡yo vivía! Y el que así vive, la bondad eterna reconoce, cree en Dios y se prosterna.

П

Y años há que en América le pido que si me ha de matar en tierra extraña, no me hunda allá en el polvo del olvido sin dejarme tornar á ver España.

Y mi voz ha llegado hasta Su Oido, pues Su Amparo visible me acompaña. ¿Cómo no, si por medio de María en América á Dios me dirigía?

Ш

Y vuelvo al fin. Con su favor los mares y las tierras crucé.—¡Salvo, tranquilo de peligros, aunque harto de pesares, vuelvo hoy á entrar en el caliente asilo del patrio hogar y los paternos lares. Siento de afán mi corazón en vilo y no late, que salta de alegría! ¡Ya aspiro el aire de la patria mía!

17

Hé aquí ya la frontera: ya es el viento español el que oréa mis facciones. ¡Con qué delicia penetrar lo siento y dilatar mis ávidos pulmones! Su soplo abre mi alma al sentimiento de pasadas memorias y afecciones. ¡Patria, tus áuras de recuerdos llenas se llevan las memorias de mis penas!

V

Ya aquí tienen las gentes otro porte y el país otras fábricas y otro arte. ¡Alto!—Llaves, registro pasaporte: la tierra aquí con el francés se parte. ¡España!... ¿Qué hay aquí que no soporte el que antes de morir vuelve á besarte? ¡Vamos! Ya el conductor la fusta empuña: ya partimos... ya estoy en Cataluña.

VI

¡España! ¡fuera va pesar y afanes! ¡España! ¡fuera ya tiros franceses! ¡ah, bravos postillones catalanes! ¡ah, valientes caballos montañeses! ¡á escape!—¡galopad como huracanes; corred hasta que salten los arneses! Corred ¡mare de Deu! aunque volquemos corred... ya á Dios aquí tentar podemos.

VII

¡Así!—No hay que coidarse del camino.
Adelante está Dios y atrás se queda
ebrio de rabia nuestro mal destino.
¡Asi! ¡poder de Dios, qué polvareda!
¡Que nos crea la tierra un torbellino:
¡que no toque en su haz ninguna rueda!
Corred... Mare de Deu de Monserrate,
sólo aquí temo que el placer me mate.

VIII

¡Oh, qué hermoso país! ¡qué brava gente!
De aquí sacó sus héroes audaces
Rojer de Flor para asombrar á Oriente:
aquí hicieron paisanos pertinaces
guerra á España y á Francia juntamente.
De todo aquí los hombres son capaces:
un patrón catalán de un mal fatucho
dar vuelta al mundo en él no cree aquí mucho.

ΙX

¡Oh, qué hermoso país!—Aquella sierra tan pintoresca, original y extraña, sobre cuyos crestones abre y cierra la niebla una fantástica maraña que rasgan viento y sol con ella en guerra, aquella es la romántica montaña que cobija en su centro solitario Virgen de Monserrate, tu santuario.

X

¡Tórtola casta que en el monte anidas, lirio fragante que en las peñas creces, madre que en vela de tus hijos cuidas y á Dios te encargas de elevar tus preces! Tú que á ninguno en el afán olvidas, y amparo á todos en el riesgo ofreces, Santa Madre de Dios de Mon errate á quien oré en el mar y en el combate:

XI

Virgen del monte, á cuyo auxilio santo debo el tornar á ver el patrio suelo; la primera oración, y el primer canto que al ver cumplido mi ferviente anhelo à Dios en mi honda gratitud levanto, te confío; dirigeles al cielo.

Yo ofrecí al otro lado de los mares venirles á poner en tus altares.

TYT

Iris de tu noética montaña,
estrella tutelar de Barcelona,
empresa de su escudo en la campaña,
santo florón de su condal corona,
antes que vuelva á abandonar á España
la ofrenda te traeré que hoy no me abonaobra debe de ser de mis afanes
si me la han de estimar tus catalanes.

MIZ.

A Castilla! Al hogar en que he macido:
Quiero ver la ciudad y los lugares
de mis recuerdos infantiles nido,
antes que torne, pájaro perdido,
solo á morir allende de los mares.

XIV

Septiembre.

Esta es Valladolid...; al fin la veó! ¡Con qué placer... como la luz primera cuando en ella naci. ¡Dios mío! creo que vuelvo á nacer. Espera, espera cariñosa amistad; sólo un paseo por la plaza, una vuelta por la aceradéjame este aire respirar: deseo beber las dulces aguas de esta fuente de mis recuerdos, y bañar mi alma en el remanso tibio y trasparente que bace, con ellas resbalando en calma, del tranqui'o Pisuerga la corriente. Déjame... quiero habla con estas piedras y abrazar estos árboles, y ansioso besar estas paredes de que yedras son mis dulces memorias, y reposo tomar en estos bancos en que un día mal estudiante á divagar venía.

XV

Con cuán profunda gratitud recibo el premio de volver al patrio suelo!
¡Después de tentas desventuras vivo!
¡Con qué du!ce placer balla mi anhelo al cruzar la ciudad que me dió cuna, los lugares queridos, los rincones

que conservan aún por mi fortuna su antigua faz: conozco los portones que para mí se abrían. los umbrales de las caras amigas, los balcones donde amistad ó amor me han esperado enviándome á través de los cristales socrisas y esperanzas... [Sombras bellas que un día ante mis ojos han pasado dejando solo en mi memoria huellas!

Estos son los palacios ya rejados que aún blasonan heraldicos escudos con regia profusión lambrequinados; jeroglíficos hoy aún no borrados mas para el pueblo de hoy rótulos mudos.

.....

Aquellas son las torres bizantinas lel buen Don Per-Anzules... en mi oido no olvidado jamás, vibrando ha ido el son de sus campanas argentinas.

XVI

¡Qué esta es Valladol d! F.bricas nuevas banco, teatros fuentes, adoquines, canal, ferrocarril..; ¿y mis esguebas? ¿y mis prados de ayer?... plazas... jardines; pero ioh noble amistad! ¿dónde me llevas! yo recuerdo estos curvos cal'ejones; con zco eso antiguos caser nes... Esta es la calle de terreno escasa donde mis muertos padres han vivido: y esa... que existe sún.. esa es la casa donde á mi vida inútil he nacido

Trip

¿Sueño? No sé lo que en mi alma pasa-¡Qué'oigo! Me tienen el placer sin tasa en mi pstria á mi vuelta prevenido. La casa en que vaci chués ped en ella hoy?- A sus puertas bendecirte quiero nueva y santa amistad, que en mis hogaresme haces hoy encontrar, sobre la hitella de mis recuerdos cándidos de niño. sus primitivos genios familiares: y una familia nueva, un verdadero nuevo paterno hogar donde el cariño noble, leal, simpitico y sincero de una afección sin cortesano aliño me brinda para el tiempo venidero; de sensaciones intimas teroro, con un amor de corazones de oro une anuda al mio voluntad de acero.

XVIII .

Luces, ruido, jesto más? músicas, flores os coronas y vitores y ofrendes!

Donde, cuando gané tales honores! idónde ha de conservar tan raras prendas quien debe de volver à tierra extraña sólo y triste á merir lejos de España! Esa gloria me espanta y me fascina al par, porque esa gloria aquí á mi faz levanta, de ese templo al mirar la puerla sante, contra mi mi conciencia y mi memoria. Esa iglesia... ;ay de mil de ella contemplo salir en larga y silencicsa hilera todos mis años idos... triste ejemplo de una existencia inú il, que va entera á caér en la honda eternidad mañana sin costar una lág ima siguiera, sin dajar en la tierra un alma hermana de sus dichas y duelos compañera.

Aquí vine à nacer: en ese templo santo me bautizaron... "pues espera andrajo de oropel de glo ia humana, átomo erraute de rumor inútil, insaboro raudal, maucjo fútil. de palabras de lengua castellana, espera aquí. "IProsté nate altanera, ruin y vacía vanidad mundana!... de rodillas, orgullo, de rodillas!

haz algo bueno alguna vez, villana vanagloria procaz, y ora sincera. ¿Qué vales, polvo vil, si no te humilla.? prostérnate: yo soy tu fe cristiana. obedece: en mi voz te habla lejana la voz del huracán de las Antillas y el eco de las tumbas de la Habana!,

XIX

Virgen de San Martin à cuyas plantas casi muerto al nacer recibi un dia del agua bautismal las gotas santas: tú que vida me diste en la agonía, tú que mi fe sostienes, y levantas en alas de mi fe mi porsía, luz de mi inspiración, en tus altares acepta tú mis últimes cantares.

XX

Febrero-21 1867.

¡Madre del Hombre-Dios y Madre m'a!
Cuando el Cristo en el Gó gota espiraba,
à la raza de Adán por quien moría
de tu amor al amparo encemer daba.
Desde que ví à tus pies la luz del día
hoy medio siglo de cumplirse acaba:
Madre, tras medio siglo de pesares,
vuelvo al pie de tu altar à que me ampares.

XXI

Madre buena del triste y del que l'ora...
no desoigns mi voz no me abindones!
Recuerda que tu fe consoladora
inspiró desde niño mis canciones;
sólo, con mi arpa y con tu fe, Señora,
crucé de medio mundo las regiones:
y hoy del mundo á través con mis cantares
me trae mi fe á tu; pies á que me ampares.

XXH

A sombra de tu torre bizantina del vientre de mi madre me sacaron; desde el nicho en que estás, tras su cortina viste cómo á tus pies me bautizaron, á tu materna protección divina mis padres al nacer me encomendaron: la primera oración que en mis hogares aprendí fui á rezarla á tus altares.

HIXZ

Mi-madre... (desdichada madre mía! ¿quién el futuro mal nos predijera?)
Mi madre me euscñaba y yo aprendía de tus dolores la epopeya entera:
mi madre dió su fe á mi poesía,
yo uní el tuyo á su amor con fe sincera;
clla murió abrevada de pesares,
y yo vuelvo por ella á tus altares.

XXIV

¡Infeliz madre mía! En tedio y duelo vivió por mí sus postrimeros años. Yo abandoné mi hogar aún muchachuelo del mundo por correr tras los engaños: ella por mí á tus pies oraba al cielo mientras corría yo climas extraños. ¿Y á quién debí salvar tierras y mares si no faé á su oración en tos altares?

` XXV

¿Quién si nó tú y por quién si nó por ella pudo velar por mi en la tierra extraña? ¿A quién debo si nó la fausta estrella que en mi loca existencia me acompaña? ¿A quién debo las flores que mi huella do quiera pisa cuando vuelvo á España? ¿Y dónde si nó al pie de tos altares debo poner mis lauros y cantares?

∵~XXVI

¿l'or quien si nó por tí me han respetado la fiebre, el mar, el cólera, la guerra y el odio que á mi raza inveterado de otra en el ciego corazón se encierra? Al ilegar y al vo'ver, me han alfombrado allá de flores como acá la tierra; y ¿quiénes son los genios tutelares que enfloran para mí tierra; y mares?

XXVII

Tras mi dejo mi huella, madre mia, marcada por do quier con sepulturas: cuantos darme quisieron compañía murieron en mis locas aventuras: dejo á los que al i me aman todavía un porvenir de sangre y desventuras: y á través de tan múltiples azares isólo incólume vuelvo yo á mis lares!

XXVIII

¿Quién si nó tú me guarda, Vírgen Santa? ¿quién á mi bien si nó tu amor me guía? ¿quién conserva la voz en mi garganta? ¿quién mantiene la fe en mi poesía? ¿quién hacia Dios mi espíritu levanta? ¿quién mi alma acogerá en mi último día? La historia de mi vida y mis cantares, tienen principio y fin en tus altares.

XXIX

Y hé aqui toda la historia de mi vida: de esta vida que aún mima la fortuna, toda en el vicio por mí mal perdida, las horas he perdido una por una. Tan sólo la oración por mí aprendida de mi madre en los brazos en la cuna no olvidé, ni he perdido en tus altares mi fe y vengo con ella á que me ampares.

XXX

Pródigo me dió el mundo sos placeres, su gloria el suelo me alfombró de flores, amé y me amaron mucho las mujeres, me embriagó la fortuna de favores, me hon aron de la tierra los poderes, la fama me aclamó con los mejores:
aún me corona el mundo en sus altares, mas vo vengo á tu altar á que me ampares.

XXXI

La gloria y el favor son polvo y humo: las coronas del n'undo son de espínas: no hay laurel que no tenga amargo zumo, no hay aura sin moléculas dañinas, no hay triunfo colosal ni éxito sumo, sin envidias rastreras y mezquinas: con mis coronas vengo á tus altares de mi gloria mortal á que me ampares.

HXXX

Madre, yo reconozco mi bajeza, yo sé mi paqueñez y mi ignorancia. Salva del rudo escollo en que hoy tropieza el barquichuelo ruin de mi importancia. Libra de humo que embriaga mi cabeza, salva á mi corazón de mi arrogancia, pues vengo en bien y en mal á tus altares, ni en el mal ni en el bien me desampares.

XXXIII

Madre, hoy en prenda de mi fe, en tus aras vengo á colgar humilde mis coronas: prendas son, madre, para mí muy caras, mas aún debo partir á extrañas zonas. Por si allá por recónditas y raras razones y desdichas me abandonas, y me pierdo y las pierdo en mis azares.... guárdalas, madre mis, en tus a!tares.

XXXIV

Y aquellos que pusieron à mi planta o en mi sien esos lauros y esas flores, diles que frases no hay en mi garganta conque agradezca yo tales honores: y si en mi fe no creen...; oh Virgen Santa! si me juzgan ingrato à sus favores...

Madre mía y del Cristo, à tus altares vendré de su injusticia à que me ampares.

YXXX

Virgen San'a, cuyo ampare guardo alla mi inútil vida, guarda en mi alma dolorida las semitlas de tu fe: pues tu amparo á mí es tan claro, mis coronas bajo él defo: ya sin raza... sólo... y viejo apara quién las guardaré?

A los jóvenes redactores de LA CRONICA MERCANTIL. de Valladolid.

XXXVI

Vosotros los que flores y cantares me echais al paso at regresar á España, perdonadme la hiel de los pesares que hace muda mi voz, mi faz uraña. Escusad que postrado en los altares conjure al genio ruin que me acompaña: dejazme hab'ar para calmar mi duelo, antes que con vosotros con el cielo.

XXXVII

Hermanos que acatais mis piadosos votos, dejazme orar, pues sois cristianos; pues españo!es sois, sed generosos conmigo, y to!erantes como hermanos. Dejadme, tras veinte años azarosos, que alzando al sol de mis país las manos, vuelva de calma con afán profundo el corazón á Dios, la espalda al mundo.

HIVXXX

Esto que oso decir sé que es extraño; que puede apenas perdonarse solo á la honda convicción del desengaño: mas yo á mi fe mi vanidad inmolo. Sé también que es encubridor amaño hoy tal vez la piedad y la fe un dolo; que al par que á la ambición á la fe adula, con la fe la politica especula.

XXXXX

Mas mi fe no es hipócrita ni hartera, ni á político bando pertenece, ni á sombra del favor medrar espera, ni adula á la opinión porque enriquece la pluma. Creo en Dios con fe sincera, y me humillo al favor que me enaltece: y el que no crea que con fe lo digo, vuelva á la mar y á México conmigo.

XL

Venga conmigo al mar, y en la crajiente nave que el agua con furor azota, y que arrebata el huracán rujiente y que va ya desarbolada y rota, alzará como yo al Omnipotente con voz exhausta su oración devota, pidiéndole no más con hondo anhelo un punto azul en el perdido cielo.

XLI

Venga conmigo á la nación que en guerra civil grita há diez lustros ¡muera España! Y en aquel pueb'o y en aquella tierra que no producen más que odio y cizaña, al Dios se volverá que allí le encierra en tal sentina de doblez y saña: y si le vuelve Dios libre á Castilla, ó apostató de Dios ó se arrodilla.

ILIZ

Vosotros que del vil materialismo guardado habeis vuestra alma castellana, y del frío é hipócrita egoismo que roen hoy la sociedad húmana, que creeis en la fe que hay en mí mismo, que no dudais en mi humi!dad cristiona, sed mi mundo vosotros, sed mi escudo contra ese mundo ante quien paso mudo.

XLIII

¡Oh hermanos míos! Mí honra y mi esperanza encomendados dejo en vuestres manes; si mientras por las vegas del Arlanza voy mis deberes à cumplir cristianos, de la calumnia ó el rencor me alcanza algún dardo traidor, rompedle, hermanos: y cuando muera, de mi fe en abono, decid á mi agresor que le perdono.

XLIV

A dar un adiós último á Castilla voy en la inmensidad de mi tristeza. Debe volver del mar á la otra orilla: si voy... de no tornar tengo certeza. Vosotros que sondáis por qué se humilla coronada de flores mi cabeza, sancionad mi silencio con el mundo sin dar razón de mi pesar profundo.

XLV

Me cantan por do voy, y no respondo: me aplauden por do quier y paso mudo como un espectro que devuelve el fondo de su tumba á la luz hosco y ceñudo: me buscan mis amigos y me escondo: me saludan las damas y el saludo no devuelvo... ¡velad por mi conciencia mientras cumplo hasta el fin mi penitencia?

XLVI

Marzo, 13.

Mis padres yacen aquí: antes de volver al mar, voy en su sepulcro á orar por si el mar me traga á mi.

Sin mí les cogió la muerte, no escuché su último adiós, quiero dejar de los dos recogido el polvo inerte.

Me dejaron al morir sin hacienda y sin hogar: y yo les quiero dejar un panteón en qué dormir.

¡Con qué emoción, con qué afán , por el cementerio adentro penetro... pero no encuentro sus sepulcros... ¿dónde están?

Al guardián octogenario demando ¿qué ha sido de ellos? y me heriza los cabellos con un cuento funerario.

⁴ Sus huesos ha removido
tantas veces mi azadón,
que Dios sólo en el montón
sabe ya cuyos han sido.,
-iRompiste sus tumbas!
—Si:
ta padre me lo mandó.
-¡E‼
−¿No sabes eso?
-No:
cuéntamelo.
—Escucha. —Đí.
19 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
XLVII
iOh política maldita,
cuva ciega fe insensata

el amor del padre mata
y à los hijos se le quita!
¡Maldita sea en la tierra
la política opinión
que echa à Dios del corazón
y à los hijos se le cierra!

XLVIII.

Espiritu, que ya en colma duermes en la eternidad, no veas la soledad que me has dejado en el alma?

Hé ahí lo que pido á Dios: que nunca ver te permita la desventura infinita que has dejado de tí en pos.

Mucho erré en mi juventud, mucho errando te ofendí, mas...; ni áun dejas para mi tu polvo en el ataúd!

¡Tento, padre, tu amargura te cegó el alma y los ojos, que me dejas tus enojos fuera de tu sepultura!

Bien hecho está lo que has hechoyo me avengo á tal castigo. ¡Dios para hacer tal conmigo te acuerde cual yo derecho.

¡Síno fué de ambos fatal! condenados á él nacimos, y nunca nos comprendimos y el bien se nos tornó en mal.

Fama y oro para ti gané con fortuna rara... FY me volviste la cara quando á ofrecerteles fuit Tal odio à la poesia!

Rechazaste hasta una losa
en que escribiera piadosa
un epitatio la mía:

Y ella tu hacienda empeñada con sus versos ha pagade. ¡Pobres versos que has odiado!... Por ellos no debes nada.

¡Yo soy quien los odio ahora; pues por ellos he perdido esta vida que he vivido día á día, hora por hora.

Mis versos son un cordel que me aprieta el corazón: ¡Dios me echó la maldición de ahogar mi dicha con él!

Y por ellos me coadena tal vez á dar honra y vida por una causa perdida empeñada en tierra sjena,

Mas ¿qué importa ya el lugar ni el por qué pueda morir el que no supo lograr de su padre hacerse amar, ni con su padre vivir, ni sucederle en su hogar, ni sus huesos reunir bajo una cruz tumular donde ir por él á llorar y à Dics por él á pedir? istaldita tal poesía causa de tal desventura! ¡Y que haya una criatura que aún tenga en algo la mía!

¡Que aún haya en la tierra un hombre que env die como laureles el talco y los oropeles con que empenachan mi nombre!

¡Vivas ruindades mezquinas! Mi única venganza fuera coronaros si pudiera con mis coronas de espinas.

¡Jamás el alma os taladre de la mía el duelo sumo! Yo vago entre ruido y humo paria sin raza y sin padre.

Maldita sea la opinión política, por la cual ahogó el amor paternal el mío en su corazón.

Jamás bando seguiré: mas si uno à seguir me obligan, no será el de los que sigan el que de mi padre fué.

¡Pobre padre! Partidario de la ingratitud moriste obcecado, pobre, triste, y olvidado y solitario.

Y tu obcecación fatal hizo tu opinión tan brava, que hasta privarme intentaba del cariño maternal.

Dios no te lo permitió: mi madre á Dios por su hijo pidió... y lloró... y me bend jo... y me amó y me perdonó.

Mi madre en mis manos deja por tú no cuidarte de ellos, de sus hermosos cabellos ana perdida guedeja.

No lo supiste jamás, y es la única herencia mía. No he preguntado hasta el día si había de ella algo más.

Lazo que siempre llevé sobre el corazón sujeto, ha sido santo amuleto que le dió esperanza y fe;

Y hoy dos que á mi madre amames sus cabellos repartimos, y los dos la bendecimos, y los dos por tí rogamos:

Pero pidiéndole á Dios que tu sima ver no permita la desventura infinita que nos dejas de tí en pos.

Por mí, padre, bien has hecho: yo me avengo á tal castigo: Dios para hacer tal conmigo te acuerde cual yo derecho! Tu política tenaz te humilló y te empobreció: en sus promesas falaz te abandonó y te olvidó.

De sentimiento incapaz el corazón te secó: y en tedio amargo y voraz lejos de mí te mató, la política mendaz fué la que te descarrió. Espíritu, duerme en paz: contra tí... ni Dios vi yo.

Mi poesía tenaz
los plazos por tí cumplió:
en sus promesas veraz
del olvido te sacó:
de una inmensa fe capaz,
mi cariño te guardó;
la política mendaz,
que no me contaminó
á ser te arrastró, falaz,
ciego sí, mal padre nó.
Espiritu. duerme en paz.
Erraste tú, pequé yo.

XLIX

Dios, que las conciencias ves, sé para mi padre ciego: la pena de ambos te ruego que à mi en la tierra me dés. Sirva á ambos de expisción, la existencia solitaria que he llevado como un paria de la civilización.

Dignate en cuenta tomar que los versos que él ma dijo son Sanbenito que el hijo penitente ha de llevar.

Y que toma en cuenta ten por igual como favores los silbidos y las flores que por sus versos le den.

Y en cuenta ten, que en su afán, con esos versos malditos se ha de ir confesando á gritos y mendigando su pan.

iDios mio! Aunque yo infeliz viva mucho, y mal acabe, yo solo de entrambes lave hasta el último desliz.

Dame de mi posición conocimiento profundo, para no ser en el mundo fariséo ni bufón.

Dame ¡Dios mío¡ humildad que en la eternidad me abone, y como Tú me perdone mi padre en la eternidad. L

Villa en que heredar debí casa y fincas solariegas y que hasta el polvo me niegas del barro de quien naci; ¡adiós!—Pues ya para mi no hay en tí lecho, ni hogar, que derecho á reposar vivo ni muerto me acuerde en él... ¡adiós!.. ¿qué se pierde con que me pierda en el mar?

LI

Deja la tierra, corcel, de este lugar tras de tí-¡Hasta las piedras en él manan lágrimes de hiel y vergüenza para mi!

Corre, que ya esta carrera va á ser tal vez la postrera en que tus lomos me das: corre y dejemos atrás toda ta comarca entera.

Corre, y de correr no ceses hasta dar en las campiñas y los valles burgaleses: atropella por sus mieses, atraviesa por sus viñas.

Corre, ya vco á lo lejos

de tus cerros solita.ios los ruinosos castillejos, y los gallos campanarios de sus pardos lugarejos.

Ta entramos en su distrito; corcel, tu paso contén por aquí; que necesito buscar aquí un pueblecito que para mí es un edén.

Castilla, cuyos castillos hoy en escombros abruman tus débiles lugarcillos, y cuyas ruinas perfuman las salvias y los tomillos;

Te llevé fotografiada por donde fui en mi memoria, no he olvidado de ti nada: jornada sé por jornada toda tu tierra y tu historia.

Héme aqui en terreno amigo; conozco el rumbo que sigo palmo á palmo; si, allí están el hidalgo Villodrigo y el moro Villaquirán.

Allá Pampliega en el cerro que su alta nobleza abona, alzando una cruz de hierro do llevó Wamba á un encierro su cabeza sin corona.

Aquí la vieja Celada

á cuyos pies agua corre del Arlanza descauzada: y allá Torre la almenada, y allí Santiuste sin torre-

A lá detrás de una cuesta veo de Villaldemiro la iglesia en un cerro puesta; y de aquel pico en la cresta los restos de Muñó miro.

¿Quién asi te maltrató ¡oh Mnñó! en ausencia mia, que tan pobre te dejó de las piedras con que un dia torreado te ví yo?

¡Pobre Muño! A duras penas conozco ya tus cimientos: y tus torres con almenas y tus puentes con cadenas son ya un cuento de mis cuentos.

¡Pobre Muño! Todavía por tus recuerdos te adoro; y no está lejos el día en que halle mi poesía en tus ruinas un tesoro.

¡Pobre Muñé! Tù me diste en mi-juventud abrigo, y debo hoy que envejeciste probate que en mí adquiriste entonces un buen amigo.

Solo te queda na cantar

que recuerda tu fin triste: y yo sé cómo evocar á alguien que puede contar á tu pesar lo que fuiste.

Pero... ¡Adiós! No formes queja, Muñó, si adelante sigo entre Arroyo y Villavieja: que pararme no me deja un afán que va conmigo.

Voy á buscar un lugar en donde tengo un altar en el que an es de morir quiero á mi angel tutelar evocar y bendecir.

Allí tras aquella loma al pie de una torrecilla blanca como una paloma, las pardas tejas asoma de sus casas Quintanilla.

¡Bendito el pobre lugar donde mi madre nació! !Bendito el modesto hogar donde la luz á mirar sus negros ojos abrió!

¡Bendito el aire que sliento inspirando en su pulmón, la dió vits! sentimiento con el primer movimiento que imprimió à su corazón!

Bendita sea la estancia

de esta casa oscura y fría, donde durmió en la ignorancia angelical de la infancia el sueño del primer día!

Bendita sea la campana con que tocó à su bautizo, y la fuente de que mana el agua con que cristiana el sacerdote la hizo:

Madre à quien idolatré, y con quien nunca vivi, y cuya vida amargué . ¿Porque tal mi sino fué... porque Dios lo quiso así:

Madre, de cuyo cariño tao pocos años goré, de qu'en me anartaron niño, y à quien, indécii lampiño, yo obcecado abandoné:

¡Con cuánto sfán busco ahora cuanto dejaste t as tí! ¡Con cuánta fe mi alma adora cuanto imagino, señora, que guarda algo tuyo aquí!

De estas llaves y aldabones de ventanas y portones se aseguraron tus manos, y sobre estos escalones tus piececitos enanos.

Bajo este envigado techo-

sonó aquella voz tan suave que salía de tu pecho: que Dios para tí había hecho, como el canto para el ave.

En este rincón tenías tu techo casto y modesto: y aquí ante la luz ponías el espejo en que veías tu faz, y tocado honesto.

Por estas calles pasaste, por e tas eras corriste, en esta igie ia rezaste... ¡Madre, por qué no me abogaste cuando la vida me distel

¿Por qué de la madre tierna no pudo más el amor que la vanidad paterna, de quien nos tuvo el rigor en separación eterna?

¿Por qué à extraños al fiar mi padre mi educación, antes que à tu hijo soltar, no te dejaste arrancar los brazos y el corazón?

¿Qué necesidad había de 'anzarme al mundo vano, à mí que adorado habría la ignorada medianía del labrador castellano? ¿Que nos importaba en él con humos de alta nobleza salir á bacer un papel, si en el alma se torna biel el humo de la cabeza?

¡Aquí hubiéramos vivido, madre, los des tan felices! Nos hubieran mantenido tan bien sin gloria ni ruido nuestros granos y raíces!

Te hubiera aquí sin cesar, pues que tu sclo hijo fuí, día y noche hasta espirar al calor de nuestro hogar tenido yo junto á mí.

Nadie hubiera de mi hab'ado, ni me hubieran aplaudido, ni me hubieran coronado, ni en su cámara sentado me hubieran reyes tenido...

Pero hubiera sido honra fo, y feliz hubiera sido, viviendo siempre á tu lado por tí en tu hogar cob'jado como el pichón en su nido.

Mejor que en tierras extrañas en mesas de emperadores, joh madre de mis entrañas! comiera yo en sus cabañas pan tuyo con tus pastores; Y cuando tus ojos Dios cerrado hubiera á la luz, al morir yo de tí en pos, bastara para los dos una tumba y una cruz.

¡Deli ios!—Hacia la mar se arrastra ya mi deber. ¡Adiós, villa! ¡Adiós, hogar, que á ella la viste nacer y á mí venirla á liorar!

LH

Virgen Santa de Moñó, Soledad de Quintanilla, à quienes mi mad e y yo orabamos cuando aún no se hablaba de mí en Castilla.

Pues que ni vivió conmigo ni he de tener al morir con ella en la tumba abrigo, abreviadme ¡ay! el castigo de mi vida porvenir.

Pues no me podeis volver ni à la oscuridad de ayer, ni à la calma de mi hogar, ni à la que en él me dió el ser... ¡Enviad tormentas al mar!

Que del buque en que á él me lance vaya un huracán en pos, y en él de mi muerte el trance tan sólo á saber alcance el mar en que le hunda Dios!

LIBRO QUINTO

VÆ VICTIS!

EN LA CATEDRAL DE BURGOS

Junio-19-1867.

Honda inquietud el akma me attibula, vage terror el corazón me prensa: miro al cielo, y el aire que le azula ennegrece á mis ojos niebla densa: sondée el porvenir, y se acumula en su horizonte tempestad inmensa; quiero cantar y el llanto me sofoca; orar, y no hallo preces en mi boca.

#I

Vuelvo tras larga ausencia á ver á España con el placer que un náufrago la orilla, y me acoge al volver de tierra extraña en su regazo maternal Castilla: mas un genio fatal que me acompaña mi lengua anuda y mi cabeza humilla, y mal mi pecho en su pavor alienta, y de pesar mi corazón revienta.

¿Qué es de mi gratitud y mis cantares? ¿Vuelvo tal vez sin alma y sin aliento, ó desdeño la tierra y los solares do fui feliz y amé y viví contento? ¿Dejé mi alma allende de los mares y quedaron aliá mi fe y mi acento? No, todo en mi alma por Castilla aboga: es mi duelo interior el que me ahoga.

IV

Algo à mí superior me paraliza, mi inspiración poética impotente torna, y mi pobre ingenio esteriliza: no brotan las ideas en mi mente, mi voz mi antigua fe no vigoriza, presa del miedo el corazón se siente, y la tristeza que me roe el alma silencio exige y soledad y calma.

K

A traves de los mares, de un amigo espero oir la voz, y... ¡!arda mucho! en vano tras sus nuevas me fatigo, la tierra exploro y el silencio escucho: y en la esperanza que de oirla abrigo, con mi pavor desesperado lucho. ¿Qué es lo que oculta en México ¡Dios bueno! este silencio de amenazas lleno?

VI

¡Insoportable afán! La noche oscura no trae ya para mi la paz del sueño: de día entre las gentes con premura páso como visión de torvo ceño; me enoja quien consuelcs me procura: frío, el amor y la amistad desdeño, y espero de esperar desesperado. ¡Oh si estuviera el globo taladrado!

VII

¡Tan'a nueva invención... tanto adelanto; tanta electricidad, telegrafía, globos, vapores... ¡y silencio tanto y tanta soledad... tanta agonía! ¡y no poder en mi inquietud, Dios santo la pena revelar del alma mía! ¡Y creer en tí, buen Dios, con fe sincera y no poderte ni rezar siquiera!

VIII

Porque yo vengo al templo y sin rezarte que estoy hincado ante tu altar advierto, que está mi pensamiento en otra parte, y que con frases para orar no acierto: y mis vagas ideas ni aun del arte con el primor multíp'ice divierto.

Yo, que entro en esta catedral bendita y el mundo de delante se me quita.

IX

Yo que he venido á ella pequeñuelæ con mi madre infeliz, que me enseñaba á oir la misa y á invocar al cielo: mientras yo, iguaro aún, solo saciaba de ver el templo mi infantil anhelo, y sus palabras santas no escuchaba; y en lugar de atender al sacrificio, admiraba encantado el edificio.

7

To que por fe, placer, arte y co tumb e cuando de Burgos la ciudad habito, vengo á soliviantar la pesadumbre del corazón en su ámbito bendito: vesquive la devota muchedumbre aquí cual fuera la mundana evito, para de jar que se apacente el alma de triste paz y religiosa calma.

XI

¡Cuán poético es Dios! y cuán poético es su templo católico, que encierra cuanto c nmovedor, grande y magnético ¡te demos concebir sobre la tierra: desde el libro y el cántico profético, hasta el gresero material de tierra: desde la prueba real hasta el misterio, do, desde el bautismo al cemente io.

XII

La Catedral de Burgos, maravilla del arte, de la tierra castellana gloria y joyel, y fuera de Castilla muestra sin par de fábrica cristiana, es el templo ojival donde más brilla la fe de una nación en su arte humana; modelo de arte y fe, yo la contemplo de ellas á par como museo y templo.

ХШ

Percibe en sus católicos santuarios la presencia de Dios el alma mía: aspira en sus andenes solitarios inspiración y fe mi poesía: exeltan sus prodigios estatuarios al éxtasis tal vez mi fantasía...
Con la imaginería de un retablo, delirando tal vez plática entablo.

XIV

Sólo á quedarme en su recinto espero ó á él cuando solo le supongo acudo: y olvidándome aquí del mundo entero, aquí al arte y á Dios adoro mudo; sonrio á los relieves del crucero; los bustos de los túmulos saludo: canto en el coro, beso los altares, y abrazo las estatuas y pi'ares.

XV

Y platico en espíri u á mis solas con cuantos en su fábrica pusieron las manos. Con sus mitras y sus colas vienen tras mí a zobispos y arcedianos, salen con sus perillas y sus golas á h blarme con sus obras, castellanos y extranjeros á un tiempo, entalladores plateros, a quitectos y escultores

XVI

Sánchez, Diego de Siloe, Vallejo, Gil, Barruguete, el Borgoñón, Camargo... toda gen'e leal del tempo viejo que vivirá en la historia tiempo largo, salen conmigo á plática ó consejo rempiendo un punto su mortal letargo, y á hacerme imaginaria compañía dándoles vez mi ignara poesía.

XVII

La catedral de Burgos abre ahora de consuelo á mi espíritu un tesoro: aquí ve á Dios mi alma, aquí le adora, aquí su amparo omnipetente imploro: y en la inquietud aquí que me devora, por los que en riesgo están le raego y lloro; y aquí á solas á Dios pregunto en vano, ¿qué es ¡oh Dios! del buen Maximi!ianc?

XVIII

Aquí frente á la mágica escultura, obra de Borgoñón incomparable, me siento á ver cer ar la noche oscura al umbral del cancel del Condestable: y espero que del Cristo la figura de su relieve se desprenda y hable; y le pregunto en mi delirio insano, ¿qué es, buen Jesús, del buen Maximiliano?

XIX

Todas las tardes vengo: todas miro, mieetras hay luz, el Cristo del relieve: y en vano todes á sus pies suspiro, porque ni me habla el Cristo ni se mueve. Todas esperando me retiro de que a'guna por fin moverse debe y darme nuevas de él... ¡delirio insano de mi afán por el buen Maximiliano!

XX

Es una tarde parda; centelléa el sol entre los cárdenos celajes de un aplomado nubarrón que ondéa ante él, cuyos flotantes cortinajes entoldan su fulgor; amari léa desgarrándole el sol por mil parajes con mil rayos de luz de cuando en cuando: mas el nublado ante él se va cuajando.

XXI

Penetran en las naves, por los huecos de sus ojivos dobles agineces, los relámpagos vagos y los secos truenos roncos aún: siéntese á veces de las hondas capillas à los ecos ir por las insondables lobregueces el trueno á repetir que afuera zumba de rincón en rincón, de tumba en tumba.

HXX

A la luz temerosa y fugitiva
del rápido relámpago brillante
os arquitraves en que el templo estriva
vacilan desquiciados un instante.
Toda imágen de altar salta de él viva:
no hay busto que no marche ó se levan'e,
pareciendo en redor por un momento
oda inmovilidad en movimiento.

HIXX

Parece la calada cristería
le los arcos y nichos oj vales
ndulante y flexible encajería:
las verjas y barreados barandales
luzas de mslitar caballería
lue avanza en escuadrones desiguales:
los tubos del órgano salientes,
restas de g ifos, colas de serpientes.

XXIV

Tornanse à su fulgor los rosetores, ojos de leviatán que parpadean:
la labor de hojarasca y care'ores, reptiles que en los muros culebrean; las capillas profundas, panteones donde libres los muertos se pasean: las ventanas de vidrios losanjeados, hornos de salamandras atestados.

XXV

Al lejano rumor de un rorco trueno, miles de voces de invisibles bocas pueb'an del aire el impalpable seno, incoherentes, gárrulas y locas.
A'lí resuena un jay! de angustia lleno, allá muge un torrente entre las rocas, allá el crucifijo del incendio estalla, allá rompe el clamor de la batalla.

IVXX

Gime allí un moribundo que se qu'ja, allá rechina un cable que se amarra; una ráfaga silba en una reja; una tela se rasga en una barra, can'a en una cornisa una corneja...
Y el ruído del turbión que se desgar:a, en los buecos del órgano gorjéa, buía, muge, relincha y cacaréa.

XXVII

Del trueno al són y al resplandor del cielo, nada queda sin voz ni yace inerte.
¡Un relámpago!... y pueb'an aire y suelo móviles bultos mil—;un trueno!... y vierte su voz en él mil ecos de odio, anhelo, triunfo, terror, placer, victoria ó muerte.
Pasan .. y pasa cuanto suena y gira, la calma torna y el rumor espira.

XXVIII

¡Cuán poético es Dios! Qué poderosa la fe del creador catolicismo, que de grandeza artística rebosa al enunciar el pobre cristianismo, con esa sencillez maravillosa de quien trae su poder consigo mismo! ¡Cómo atrae, cómo exalta el alma mía, oh Santa Catedral, tu poesía!

ZIZZ

Bendita sea, sí, bendita sea
la religión sublime cuyo culto
todas las artes en glosar emplea
su sentido simbólico y oculto:
haciendo por doquier que el pueblo vea
su tradición histórica de bulto
en iglesias, imagenes y fiestas,
el sentimiento para herir dispuestas.

XXX

¡Qué fe, qué inspiración, que poesía aspira en esta nave solitaria .
exaltada esta tarde el alma mía!
¡Cómo en este primor de imaginaria del Borgoñóa Felipe me extasía la escena angus!iadora y tumultuaria, en que la imagen de Jesús divina inocente al patíbulo camina!

IXXX

¡Oh poder misterioso, oh fe del arte! En esta maravi:la de escultura, se ve que el hombre en su alma tiene parte de aquel a esencia creadora y pura con que D'os le hizo á él: Dios la reparte en almas aptas á crear, y dura en sus obras la chispa creadora á cuya luz quien cree las ve y adora.

HXXX

Esa imagen del Cristo que camina por el sieno crimen al suplicio, de ese pueblo feroz que le asesina y le escarnece audaz entre el bullicio... Del pueblo que hoy ante él se arremolina para verle marchar al sacrificio, como ayer á aclamarle se agolpaba cuando triunfante en la ciudad entraba.

XXXIII

Hace en mi una impresión inexplicable.
Esa escultura al contemplar, me siento
extesiado en un doble é inefable
artístico y piadoso arrobamiento.
Paréceme imposible que no hable
ni se ponga ese cuadro en movimiento:
y la figura mística del Cristo
me hace acordar... de un hombre á quien he visto.

VIXXX

Libre de culpa y de virtud ejemplo contempla al Eedentor mi fe cristiana...
Mas... roje el huracán fuera del templo, y á intervalos la imagen soberana à la luz del relámpago contemplo.
Esa escultura jaberración in ana! me hace acordar del buen Maximiliano á merced del furor republicano.

XXXV

Estalló al fin la tempestad violenta: el viento las vidrieras extremece; y desencadenada la tormenta, que va á arrancar la Catedral parece. Culebrea el relámpago, revienta el trueno, el agua cáe, desaparece la luz... ya no distingo las figuras rantas de las marmóreas esculturas.

XXXVI

¡Qué tempes'ad. Dios m'o! ¡qué medrosa soledad! vago y temeroso roido llena la oscuridad, que pavorosa por capillas y naves se ha extendido.

Extremécese el suelo en que reposa la fábrica maciza al estabido del trueno, y del relámpago á la llama la tenebrosa oscuridad se inflama.

XXXVII

Qué efecto tan fantástico producen en mi imaginación las llamaradas de luz intermitente, que introducen su fulgor en las bóvedas segradas, y á sus puntos más lóbregos conducen clas de luz sulfúrea descar iadas que, el alumbrar los lóbregos rincones les pueblan de fantásticas visiones.

XXXVIII

Es la primera vez que me amedrenta la soledad de un templo, y que me espanta la voz con que hab'a Dios en la tormenta. Siento algo que en la sombra se adelanta: algo percibo que en la sombra alienta, preso me siento de pavora santa... Cree mi fe .. aunque mi espíritu fluctúa... que un misterio en !a sombra se efectúa.

XXXXX

¡El relámpago!... ¡Dios! ¿qué es lo que he visto en el cuadro de piedra? Tergo miedo à la fulgúrea luz creí del Cristo ver la figura audaz .. mover no puedo los pies. ¡Otro relámpago! ¡ob, resisto en vano à la evidencia... el rostro ledo volvió hacía mí la imagen... No respiro de pavor.—¡Oh prodigio! Yo deliro.

ХL

¡Esa escultura vive!—una armonía imperceptible casi en ella suena, que de santa y febril melancolía el embargado espíritu me llena. Fa incoloro albor de opaco día comienza á herir la escultural escena: y á su mística luz la piedra inerte en visión á mis ojos se convierte.

XLI

Todo en el cuadro escultural se mueve, las figuras de piedra se adelantan detrás del Salvador, con pie tan leve que rumor con sus pasos no levantan al marchar por el campo del relieve. No oso á Jesús mirar, porque no aguantan mis pupilas la luz y la belleza de su gleriosa y celestial cabeza.

XLII

Del cuadro, tras Jesús, desvaneciendo se van del Bergoñón las esculturas, y de Jerusalén á él van saliendo por la puerta de piedra otras figuras: cuya presencia bien aún no comprendo, mas de quienes por bustos y pinturas de relieves, sepulcros y paisajes reconociendo voy los personajes.

XLIII

Cuanto la fe, el valor y la grandeza de la España á la América es'abona pasa ante mí: la histórica nobleza que recibió á Colón en Barcelona; Fernando é Isabel que á su cabeza ciñen de ambos mundos la corona; y Beatriz Galindo la Latina ent. e Guttennberg y Colón camina.

XLIV

Los monjes de la Rábida, el aliento de la fe de Colón, de quienes queda la memoria en el gran descubrimiento: Juan de Grijalva y Alvarez Pineda, modelos de constancia y ardimiento con Vespucio, Solís, Pinzón y Ojeda; y el Papa que los mares con su mano partió, cual Dros del mundo soberano.

XLV

Luego tras de Cortés los compañeros de su sin par homérico hercísmo. Las Casas, con los santes minioneros que llevaron la luz del cristianismo á la idólatra México: los primores mártires del rencor, el egoismo y la ambición fatal de una raquitles, torpe y e rónea y suspicaz política.

XLVI

Carlos quinto, ya monje, del convento con el traje claustral, su dinastía austriaca trae en pos, con paso lento, torva faz y mortal melancelia.
Cuantos al trono ó la fe alimento dieron ó gloria á México algún día, los obispos, los jueces, los vireyes que le dieron fe, paz, gubierno y leyes.

XLVII

Los mercaderes integros y honrados que luego opu'enti imos señeres, fueron en sus incultos despeb ados de ciudades y puertos fundadores. Los que dieron el nombre á sus estados de su vida social los creadores dando á las tribus bárbaras indianas la honradez y la lengua castelladas.

XLVIII

Todo este lento y silencioso bando de evocadas históricas figuras, se va sobre el relieve colocando en lugar de las santas esculturas: y un ancho semi-cfrculo formando y del paisaje ampliando las auchoras, del postigo de piedra el paso franco dejan, y en frente de él un cuadro blanco.

XLIX

Yo no sé qué de horrib'e me acongoja viendo en el cuadro el pórtico judío, al que un poder incógnito despoja de sus figuras ante mí vacío. Yo no sé qué de horrible se me antoja que va á salir por el: marmóreo frío como acceso febril me sobreceje; el corazón no late y se me encoje.

L

Mis pupilas devoran el oscuro hucco cancel de la ciudad impia, que libre deja en el judio muro la evocación ante la vista mía. Siento tras el un paso igual, seguro, de tropa... hela alli ya... una compañía de rifleros... ¡Dios mío... yo me pierdo de ese tren militar tras un recuerdo!

LI

Sueño, visión, delirio... los antojos disipa con que el alma me acongojas? sondar me aterra lo que ven tus ojos: de lanzas y de sables hierros y hojas... rojas... divisas... uniformes rojos... ¡la librea imperial!... no... iblusas rojas! iforman el cuadro! ¿Quién? ¡delirio insano! ¡él!... ¡es él! ¡mi inteliz Maximiliano!

LII

Prisioneros con él sus generales dentro del cua iro... Miramón, Mejía... los últimos... los únicos leales al pendón de la hundida monarquía! ¡Vivos! ¡Fué vuestro afán! Sois liberales los que bebeis su sangre á sangre fría! El me ve, me sonríe, se adelanta hacia mí, me va á hablar ¡víctima santa!

LIII

Habla, te escucho; que en mi oido suene tu simpática voz mansa y serena por la postrera vez, aunque me llene... aunque me parta el corazón de pena. Háblame aunque la vida me envenene tu última frase de amargura llena. Pon fin á la agonía porque lucho: habla, aunque sea un sucño: ya te escucho.

LIV MAXIMILIANO

O je: la tierra entera me abandona.

Dics sea juez de los que á tal abismo
me han arrastrade: mi alma les perdona;

Dios me basta: aquí en paz conmigo тівше
la tradición histórica me abona,
acompáñame el viejo cristianisme,
y asisten á mi muerte desastrada
la fe y la gloria de la edad pasada

ŁÝ

Francia se hizo á la mar: Roma me ol vida; pero pierden conmigo estas regiones, la Iglesia queda tras de mí vendida, muertas las europeas tradiciones.
Lo que México mata no es mi vida: lo que á la boca aquí de sus cañones tiene de su república la tropa, es la vida en América de Europa.

I.VI

Conmigo aqui que su poder ab fique de los Hap burgos hostia explatoria, que la posteridad me justifique. Ni una palabra tú. Dios y la historia hablarán: deja á Dios que me vindique mas si vuelve á Carlota la memoria... Conocerá tu voz... dela que muero cristian, emperador y caballero...

LVII

Dijo así: saludóme con la mano; tomó lugar entre sus dos leales
Mejía y Miramón, Maximiliano,
y ofreció á los fusiles liberales
la noble faz y el corazón cristiano.
Precisión militar juntas é iguales
las armas asestó contra su seno:
¡Fuego!—dijo una voz—y estalló un trueno»

TIVIT

Sueño, visión, delirio... á un estallidotodo se disipó; letargo breve me embargó, y al volver despavorido de él, trémulo de afán miré al relieve. Sus figuras de piedra no han perdido so inmóvil posición; nada se mueve; la lluvia cesa, el huracán se calma... queda la tempestad solo en mi alma.

LIX

¡Oh leal monarca bueno, que pudiendo tu persona rescatar con tu corona arrojándola á la mar, de egoismo ruin ajeno, de tu buena fe en abonotu cabeza al pie del trono preferistes arrojar;

LX

Como en Cristo en ti han befado de una ley las tradiciones, y el error de las naciones te arrastraron á exp'ar: como á Cristo te han llevado á traición al sacrificio, mas como El en el suplicio encontrastes un altar!

LXI

iSanto mártir: iCuál sería de tu espíritu la pena al morir en tierra ajena como infame salteador!
Yo te veo en tu agonía como á Cristo en el Calvario espirando solitario, de tu raza redentor.

TXH

De tu crónica funesta viva página arrancada para dar, por Dios salvada, testimonio de tu fe, con mi voz desde la cresta de un peñasco de Castilla, como el buho y la abubilla las tinieb'as turbaré.

LXIII

Y al són de sus cañones, presa en guerra ya cercana, olvidar puede mañana Europa al emperador, en los viejos paredones de su albergue castellano llorará á Maximiliano mientras viva, Su Lector.

LXIV

Dios, que libras las naciones y las cargas de odio y yugos; Dios, que Juez de los verdugos y las víctimas serás, Dios, que el sello á todo pones, yo á tus pies por él orando no venganza te demando... ¡Dios, justicia nada más!

EPÍLOGO

LXV

Oye, pueblo sagaz republicano, que llevas Dios y libertad por lema, tu Dios es un vil ídolo; en su insano furor de Dios tu libertad blasfema.

Tiene la libertad limpia la mano de oro y de sangre: su equidad suprema de la equidad de Dios es santa hermana. ¿Es esta libertad la mexicana?

LXVI

No lo es: tu libertad libertic da se ceba en los vencidos, atropella la libertad que en la conciencia anida de quien difiere de opinión con ella: al que encomienda á su merced la vida, por el afán de degollar, degüella: y va, cual hiena vil, con el insulto á hozar coa el cadáver insepulto.

LXVII

La libertad es generosa: empleza por lidiar y vencer; triuta y perdona; sólo acepta del alma la nobleza, odia la tiranía y la destrona.

La tuya les arranca la cabeza por quitar á los reyes la corona;

México audaz, de regicidio réa,
Si esa es tu libertad, ; maldita sea;

LXVIII

Oye, México, aún: Maximiliazo no tendrá vengadores en la tierra: mas deliras si sueñas que tu mano le hizo tu prisionero en buena guerra. No: Dios te le entregó: y es un arcano de su Justicia que en su Juicio encierra. No tienen en la tierra vengadores los que cual Cristo y él son Redentores.

LXIX

Dios de su raza redentor le ha hecho y el sus crimenes viejos ha expiado; tú, con las balas que le enviaste al pecho cuanto á Europa te liga has fusilado; todos los lazos mutuos has desecho: mas tal nudo al romper con tal pecado olvidaste en tu cólera insensata que muerc á hierro quien á hierro mata.

LXX

Lo sabes como yo: Maximiliano tu corona en las sienes no te puso por propia voluntad; ni fue tirano ni usurpador en México ni intruso: fuè á engañarle un partido mexicano diciendo que era su nación; fué iluso, fué víctima, vivió y murió tu amigo: y es venganza su muerte, no castigo.

LXXI

Mas tu odio á Europa te arrastró muy lejos: tu libertad con él has fubilado, y en lugar de romper tus grillos viejos otros grillos más duros has torjado. Escuchaste del yankee los consejos, y del yankee en la red te has enredado; pues tanto odias tu sangre de Europea... jojalá seas yankee y yo lo vea!

LXXII

¡Ojalá seas yankee y luterana:
porque para llegar hasia ese día
has de arrojar la engua castellana;
la r ligión del Hijo de María!
Y tu ruin libertad repub'icana
es el vil lodazal de tu anarquía:
y sin fuerza, siu honra y sin altares
entregarás al yankee tus hogares.

LXXIII

Pero el yankee jamás será tu hermano, ni irá á la par contigo, no lo esperes. Duezo una vez del suelo mexicano se apropiará tus minas y placeres; te obligará á sembrar para él tu grano le dará á sus colonos tus mujeres, porque tu raza india hallará féa... 10 jalá seas yankee y yo lo vea!

LXXIV

¡Ojalá pronto tu anexión reclamen
los Estados Unidos, pueblo iluso?
Y has que á su madre en español no llamen
tus hijos, siervos ya del yankee intruso,
y odio en la leche de su madre mamen
al padre vil que en su poder les puso.
Es la ley del talión, nación ingrata;
à hierro muere quien à hierro mata.

LXXV

Desparrama tus hordas liberales por tu suelo infeliz republicano: y que borren las últimas señales que hay de él de español y de cristiano, borrando en tus banderas nacionales tu Dios y Libertad en castellano. Porque ¡oh nación de deicidio réa! Dios con tu Libertad no se aperréa.

LXXVI

ven pueblo independiente y soberano quieres ser?—el derecho está en tu abono: mas eres más sacrilego y tirano que el rey peor que se sentó en un trono... ¡Asesinas al buen Maximiliano, á la Europa, tu madre, por encono! México en él de parricidio réa, ¿Es esa tu libertad?—¡Maldita sea!

ADICION DEL LOCO COMENTADOR

LXXVII

Oye, Roma política y mundana:
Si apegada á los bienes de la tierra,
sin humildad ni caridad cristiana
fomentas las discordias y la guerra,
sin atender á la razón humana,
ni al tiempo oir que lo verdad encierra...
Dios de todos es Juez, y no perdona
al que el rencor y la venganza encona.

LXXVIII

Ose, Francia versátil y altanera, que juegas con la fe de las naciones; la fortuna no es más que una escalera de mal asegurados escalones.

Quien pi-a en uno mal, la rueda en'eras y como en ella des dos resb.lones como el que diste en México, te quedas de la escalera al pie, porque la ruedas.

AD. Pedro Antonio de Alarcón

Los poetas, mi querido Pedro, son insoportables; y tenía razón el sabio aquel de la antigüedad que quería que fuesen excluidos de la República. Ni aun los locos podemos entrar en sociedad con ellos, sin salir con las manos en la cabeza.

Este libro no es el que te prometi en mi prospecto, y como todas las sabrosas especias con que había yo salpimentado mis notas y comentarios, no han de ser ya capaces de sazonar la desaborida pepitoria en que ha convertido este libro el autor de sus versos, me retracto de lo ofrecido por mí; y haciendo al poeta solo responsable de todo lo en él escrito, renuncio enviarte la estupenda prosa que debía de hacerme famoso, á la par de los versos que deben en mi juicio desacreditarie á él. Suum cuique.

Yo te enviaré por mi propia cuenta y bajo mi sola firma, el librejo de notas y comentarios que te promet_i añadir á sus versos; y en él te diré el algo sebre México y Maximiliano que á mí me correspondia decir; cargue el poeta con el mal porvenir de su drama del alma, que no quiero yo condenar la mía por pecados de la suya.

Para declarar disuelta mi compañía con el poeta, tengo, aunque loco, mis razones, y te las voy á exponer sin reparar en pelillos.

Como lo echarás fácilmente de ver por el número de páginas que los versos ocupan, el poeta se ha apropiado las doscientas á que debía limitarse el trabajo de ambos; y si á lo menos sus versos valieran la pena de suprimir mi prosa, podría yo resignarme á ello, pero escucha, Pedro mío, lo que es el trabajo del tal poeta; á quien Dios se lo perdone después de que el público se le desdeñe, la crítica justa se le destroce, y la mordad y apasionada le dé por él la más merecida cencerrada y la más oportuna paliza.

El autor de los versos de este libro (además de haberme robado para sus ramplonas estrofas el lugar destinado en él para una prosa que debía inmortalizarme), ha hecho del libro primero de los cinco en que se divide, un trabajo literario digno del sacristán que puso en octavas reales la regla de San Benito.

En su libro tercero, primo hermano del primero, ha enjaretado en verso prosaico unos dialoguatos entre Roma, Francia y Maximiliano, que pueden arder en un candit; concluyendo el tal tercer libro con una fantasía de pésimo gusto que hubiera extasiado y dejado vizeos à los románticos de 1839; pero que no hay narices con qué leer en 1867, por falta de espacios en que colocar

los a'ientos, y de un solo período del cual pueda colegirse que el autor tiene sentido común.

En su libro cuarto, se echa por esos trigos de Dios á buscar á su padre y á su madre, y á encomendarse á María Santisima, cosas muy santas y muy buenas tal vez, si no dejara plantado al lector en el valle de México, para venirse de un salto á rezar y lloriquear por Cataluña y Castilla la Vieja. ¡Vaya un brinco, Pedro mío! Y échales galgos á los poetas.

Mis más desesperados esfuerzos para encarrilarle por la vereda de sus argumentos, han sido inútiles; y todas mis razones de loco se han estrellado en sus razones de pie de banco.

A la critica mia de la naarración prosaica de su libro segundo, me ha respondido con el más impertinente desentado: que "si no era verso, era verdad;", y á la de sus extemporáneas excursiones del libro cuarto, me ha contestado que hacía veinte años que estaba au ente de España y que quería hartarse de andar por ella; que los vallesoletanos, los burgaleses y los palencianos eran hermanos suyos de padre y madre; y que no pensaba dormir en cama hasta haber dado á todos y á cada uno de ellos un cordial apretón de manos.

Figurate tú lo que habré tenido que sudar para impedirle que abrazara á cuantos topaba por las cal es de Burgos y Valladolid; que se parara á jimo ear con cuanta vieja le hablaba del tiempo pasado, y que besara y limpiara los mocos á los chicos de Quintanil a como si fueran hijos suyos.

Por más que le hasía yo del brazo y me lo ponía de-

lante para enveredarle por su asunto, él se me largaba por una puerta falsa á un puerto vecino ó por una senda de cabras se me encaramaba hasta las ruinas de un castillejo, ó se me arrodillaba, en fin. en un abandonado santuario; y dale con que por aquella ventana le llamaba su madre, y que por aquella puerta salfa su abuela, y que en aquel cuarto se le había muerto un tío y que al pie de aquel peral le babía dado un beso una prima suya; como si á cada hijo de vecino de su edad no se le hubieran ya muerto padres y abuelos, y no le hubiera dado algún beso alguna prima: cosa tan natural entre parientes tan próximos.

Pero todos estos sustes y afanes míos, mi benévolo Pedro, han sido tortas y pan pintado, comparados con el trabajo de Hércules à que he tenido que dar cima, para no dejarle meterse en otro berenjeval, del que no nos hubiera podido sacar en seis meses aquel forzudo semi Dios de la maza, modelo, envidia y admiración de los gañanes y mozos de cuerda.

Quería nada menos mi disparatado versificador, que dar gracias á todos y cada uno de los poetas y amigos que le habían saludado á su vuelta a la patria, contestando á sus versos con otros en la misma rima y con los mismos consonantes, sin duda por aquello de interrogatorio et responsio.

Q iería hacer trescientas quintillas á la gentil, franca y leal Carolina Coronado, precedidas de retumbante prosa al honrado Ferrer del Rio; ésta imaresa en letra muy gorda, para que correspondiera con el tamaño de a persona á quien debía ir dirigida; y unos muy re-

piqueteados ovillejos á sus viejos amigos los asquerinos: éstos en letra muy pequeña por la razón contraria á la de la prosa de Ferrer; y una colección de roman. ces á Ventura Ruiz de Aguilera, y á Camilo Jover, y á Narciso Campillo, y á Flores Arenas, y á Emilia Pardo Bazán, y al simpático Grilo, y á todos los redactores del Lloyd espeñol y de la corona de Cataluña, y de todos los periódicos de Burgos, Valladolid y Madrid, que le dieron los buenos días ó las buenas noches; y queria escribir sesenta cartas humoristicas à Carlos Frontaura, y nueve sonetos á Núñez de Arce, y una povela en cuatrocientos capítulos á Fernández y González; y tenía además el plan de un poema fantástico, en el cual mostrara su gratitui al señor Barón de Andilla, y al General Covellar, y al marqués de Heredia, y á la Duquesa de N., y al Marqués de X., y á la Vizcondesa .. y á todos los que le habían honrado convidándole á comer y á beilar y á tomar té, y hasta á los que solo lo habían pensado; concluyendo su obra con un doble rombo, bien piramidal, que figurase un bonito reloi de arena, como aquellos que hacían la Avellaneda, Espronceda y él en aquellos tiempos romboidales en que tomó la poesía absolutamente todas las formas, hasta la de la alcuza.

En esta desalinada idea estaba emperradisimo el autor de los versos de este libro, pero al fin desistió de e la ante las siguientes reflexiones:

Primera: Que todo aquel fárrago con que él quería llenar diez volúmenes, podía reducirse á una sola composición dirigida á todos. sara mucho, porque podía parecer gana de prolongar el ruido y comezón inextinguible de hablar de si mismo; defecto abominable en que había incurrido mil veces en estos últimos tiempos, y de que había llegado ya el de que se corrigiera para siempre, porque la modestia dobla el valor del que algo vale y hace valer algo al que ninguno tiene; y que darse por entendido de los hiperbólicos elogios que en tales casos se hacen á los que su fortuna se los procura, era lo mismo que ir diciendo por la calle: "miren qué buen mozo y qué talento tengo, cuando tantos chicoleos me echan al pasar los hombres y las mujeres "

Tercera: Que podían ofenderse los que con ingénua, cordialidad le habían hecho versos y obsequios, al ver que se apresuraba á devolvérselos, como si fueran dineros prestados por usureros que se gravaban con interés—y, en fin, que lo mejor que podía hacer, era aguardar á que se presentara una ocasión oportuna de manifestarse agradecido al públi o y á sus amigos: que Dios se la depararía sin duda pues no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.

Estas reflexiones mías debieron de hacerle fuerza, porque se puso á escribir el libro quinto de este volumen, que era á lo que debía haberse limitado desde el principio; encomendándome que tratara contigo, Pedro bueno, de buscar ocasión y manera de no pasar por vanidoso ni ingrato; y paréceme á mí que la publicación de este librejo es una ocasión pintiparada para que yo te encargue, á tí que conoces á toda la gente de

talento, á todos los literatos, poetas, artistas y actores de España que la han dado lustre con su nombre durante nuestra voluntaria expatriación, que les digas de nuestra parte estas ó semejantes palabras:

"Que cuando se nace en Castilla y se encuentra uno à dos mil leguas de España, en una tierra que tiene el empeño monómano de rebajar nuestras glorias nacionales, se reciben allá las noticias de nuestra patria como auras vitales que confortan y alargan nuestra existencia: que para los desterrados allende el mar, no hay partidos políticos ni literarios, y se enorgullecen con los triunfos logrados en la guerra de Africa por nuestros generales y ejércitos, como con los conseguidos en la tribuna, en la prensa y en el teatro, por nuestros oradores, poetas y actores; que leen con lágrimas de placer y de entusiasmo los versos de Selgas, Campoa. mor y Grilo, y las novelas de F. Caballero, Tárrago y Mateos y Fernández y González; que se rompen con gusto los guantes y las manos aplaudiendo El tanto por ciento, Las querellas del rey sabio, La campana de la Almudaina, El loco de la bohardilla, El toisón rolo, y todas las producciones de los ingenios nuevos, como si fueran obras de sus hermanos y de sus hijos, y que eso es lo que han hecho el autor de estos versos y el loco de ellos comentador en México, y lo que esperan continuar haciendo mientras vivan en España, porque Dios les dió felizmente un corazón sin envidia, y una lealtad de la cual pueden dudar solamente los que no les conccen ,,

Diles, también, Pe Iro, que el que pueda creer que un

hombre en la posición del poeta autor de los versos de este libro, puede no agradecer ó desdeñar las muestras públicas de cariño que ha recibido al regresar á su patria, es preciso que tenga perdido el juicio ó gangrenado el corazón; y que el que no comprenda su fe cristiana y las causas de su silencio y aislamiento en las circunstancias en que le ha colocado la suerte en 1867, tiene que ser más tonto que lo que yo sería si escribiera sobre esto ni una sola palabra más.

Con que haz leer esta página, mi querido Alarcón, á los que tú creas que deben leerla; y no les dejes leer las demás, porque ésta es la única de este libro que vale la pena de ser leida, por ser la sola en que manifestamos, á nuestro entender, un átomo de talento, y es la que expresa la gratitud y lealtad de nuestra alma castellana.

Y a otra cosa

Ħ

En cuanto á aquel Algo sobre México y Maximiliano que yo intentaba decirte, formará libro aparte como ya te he indicado; y lo recibirás, querido Pedro, cuando el tiempo lo permita, porque aun cuando el poeta autor de los versos de este libro ha marcado en ellos con su pluma los puntos culminantes del cuadro que debi yo dibujar ante tus ojos, la poesía no es más que música celestial; y cuando es como la del libro segundo de los cinco de versos de éste no llega á la destemplada música de la más desacordada murga.

Además, mis opiniones difieren de las del poeta respecto á México, y los detalles rapidísimos que voy á darte en lugar de mis notas y comentarios, te darán la muestra de nuestra divergencia de pareceres, constituyendo aquéllos la base de una historia de la intervención francesa y el imperio de Maximiliano en México, algo diferente de las que se escribirán en México y en Francia por republicanos é imperialistas.

Y hé aqui algo de aquel ALGO que me proponia decirte:

La idea del imperio mexicano fué la elucubración de algunos diplomáticos que no conocían á México, unos por haber permanecido ausentes muchos años de aque. Ila tierra y otros por la razón de no haber estado jamás en ella.

Y permiteme, Pedro, que te haga una observación entre paréntesis. (Los diplomáticos tengo yo para mí que son los que menos saben de los paises extranjeros por donde viajan, porque como viven solo en las cortes y capitales y están convidados á todos los bailes y á todas las cenas de los palacios, y tienen que pagar tantas visitas, no tienen tiempo de estudiar los paises, sabiendo de ellos lo que les dicen los periódicos y los habitantes de la capital.)

Y hecha esta observación, que no lleva intención máligna contra nadie, cierro el paréntesis y vey adelante con mi cuento.

El poeta dice en este libro que los mexicanos tienen mucho talento y mucha segacidad. Esto debe de ser una gran verdad, aunque él te la haya dicho en verso puesto que embarcaron en su descabellada intervención á los Emperadores de Austria y Francia, al buen Rey Leopol 10 de Bélgica, á quien, como sabes, elegían todos los suberanos de Europa por árbitro de los regocios, y á las Reinas de España é Inglaterra. Ya ves si tendrán talento los mexicanos, cuando levantaron con él una polvareda capaz de cegar á todos los ministros, consejeros y diplómatas de aquellos dos imperios y de estos tres reinos.

Los que desde México azuzaban á los visionarios imperialistas de acá, eran en su mayor parte los del partido mexicano que ha tomado por lema Religión y Fueros; quienes por aquel entonces llevaban lo peor en su revuelta tierra; y en donde Juárez, de regreso de su segunda ejira, había audazmente acometido las más ultraliberales reformas, con asombro de algunos y contento de muchos, pero sin oposición de nadie.

Habia vendido por más de setenta millones de duros los bienes del clero, derribado la mayor parte de los templos y monasterios, exclaustrado á los frailes y las monjas, establecido el matrimonio civil, abolido todos los fueros y privilegios; prohibido el traje eclesiástico, el toque de campanas, la enseñanza religiosa en las escuelas, etc.

Este buen Juárez lleva en las banderas de su partido el lema nacional de la República, que es Dios y Libertad. Averigoa tú de qué Dios y de qué libertad hablarà aquel lema.

Pero el de Religion y Fueros de los otros, también tiene gracia.

La religión (suponiendo que sea la de Jesucristo) establece la igualdad ante el tribunal de Dios y ante el de todos los poderes y tribunales que por medio de la administración de justicia representan su divina autoridad en la tierra; y el lema de este partido añade á su retigión los fueros, es decir, exenciones, privilegios, rancho aparte del resto del pueblo.

Este partido tenía sus periódicos, el más marcado de los cuales era El Pójaro Verde, fundado y sostenido (según voz pública, tal vez mentirosa), por un alto personaje de aquella comunión política, y dirigido por un bijo de español, que se ocupaba en él de averiguar las vidas ajenas, de apuntar todos los rumores injuriosos y perjudiciales al bando contrario, encabezando sus artículos de fondo con textos latinos de los Apóstoles y los Santos Padres, y concluyendo con folletines morables de Eugenio Sue y Alejandro Dumas, cuidando además de alimentar su imprenta con reimpresiones de las novelas de los autores españoles y de las obras teatrales y líricas de sus poetas más favoritos de los lectores.

Ya ves lo que ganarán los editores que de aquí envían ejemplares de ellas, con corresponsales como El Pájaro Verde.

Te estoy viendo fruncir el entrecejo, Pedro, y te hace cosquillas en el pensamiento la idea de que voy mostrando mis puntas de liberalesco, como ahora he visto que por acá se escribe; pero para que te convenzas de que mi relato es imparcial, no tienes más que marte la molestia de descomponer el título del tal periodico, y hallarás que El Pajaro Verde es el anagrama de Arde pleve roja (esta pleve con v pertenece á la ortografía mexicana, que no hace diferencia entre la by la v, ni entre la s, la z y la c, y que es prima herma na de la del maestro andaluz, que decía á sus discípulos: niñoz, zordao se escrive con eze y con ele).

Me parece que en las columnas de un periódico cuyo título anuncia el deseo de quemar á la plebe, no rebosarán la tolerancia evangélica ni la caridad cristiana; y no creo en conciencia levantarle ningún falso testimonio suponiéndole para sus contrarios las intenciones de un gavilán con respect al pollo que se lieva en las garras.

Entre estos dos partidos arrojó al desventurado y leal Maximiliano la intervención europea, de la cual tuvo Prim el buen instinto de separar el pabellón es pañol en las playes de Veracuz, por lo cual le debe estar la patria agradec da, aunque yo no estoy conforme con el modo con que se ganó el derecho a tal agradecimiento, como te contaré en mi otro libro.

Los franceses, que creen que el universo entero no es más que el patio de París, se fueron metiendo por México como por su casa; hasta que en Pueb a les dieron los mexicanos una tollina que les obligaron à tantear la tierra antes de haber pensado sentar el pie sor bre ella.

El poeta y yo te repetimos que los mexicanos tienen mucho talento; y yo te añado que tienen muchisimos talentos, uno de los cuales es el de buscar y hallar el lado flaco ó ridículo á tedo lo grande, bello ó sublime

que va Europa, ó que puede hacerle sombra. Este es un gran sistema: con un cuentecito, una cancioncilla ó un dicharacho ingeniosísimos, apagan ante los ojos del vulgo la más luminosa repuración, antes de que tenga tiempo de admirar su brillantez.

Este talento le destilan à través de aquel principio florentino de calumnia, que algo queda, en unas composiciones que llaman "ensaladillas", cada una de cuyas estroias es una saeta envenada, que va derecha à la honra de un hombre, de una mujer, de una familia ó de una sociedad entera.

Unos ejemplitos: Se dió un beneficio en el teatro (no importa para qué objeto) y tomaron todos sus palcos las familias de más alta posición.

Al día siguiente circuló una ensaladilla por toda la ciudad, en la cual no había más que la numeración de los palcos, de esta manera.

En el que ocupaba la familia de un rico banquero, cuyas señoras oían misa todos los días y concurrian al teatro todas las noches, decía:

Palco número... la ópera y el sermón.

En el de un conocido personaje, cuya esposa tenía fama de dominarle, decía:

Palco número... Lo de arriba abajo.

En el de una familia, cuyo jefe tenía afición al juego, decía:

Palco número... el rey de bistos.

Y así de todos los palcos, apl cando á las familias que los ocupaban el título de una comedia que les satirizara.

L'egó nuestro embajador Pacheco, que era el primer embajador q e iba a México, no habier do tenido altí las naciones europeas nás que encargados de negocios ministros plen potenciarios ó cónsules generales. Todo lo que en una República puede tomarse por aristocracia, y toda la gente acomodada, salió á recibirle. Más de una legua de camino se cubrió de carruajes y de jinetes, toda la población estaba sobre la carretera de Veracroz.

A los pocos días se vendía en las tiendas una bebida, mezcla de aguardiente, pulque y otros ingredientes espirituosos que los léperos pedían á los tenderos, diciendo: déme usted dos cuartos de Embajada de España.

Estos detalles pruebon la verdad de lo que en mi prospecto te dije: que México es un pais de broma, y ahora verás.

Avanzaban los franceses sobre Puebla y la pusieron sitio.

Una de las cosas que con más cuidado traía á los meziconos era la destreza maravillosa con que se decía que los zuavos manejaban la bayoneta. Había quen aseguraba que ensartaban moscas en ella, y que un solo francés con aquella arma daba cuenta de tres jinetes mexicanos armados de lanza. Se formalizó el sitio, atacaron los franceses y resistieron los mexicanos: éstos se batieron como buenos; yo soy quien te lo dizo, Pedro; la prueba es que el resultado final de la destreza de los bayonetistas franceses en los ataques á la bayoneta con los mexicanos, era que el francés ensartaba en su bayoneta al mexicano por debajo del esternón, mientras el mexicano le ensartaba al francés por la mismísima boca del estómago, quedando en artadas en sus fusi es muchas parejas de muertos de ambas naciones.

A estas infelices parejas las llamaron los mexicanos los jemelitos (las mancuernitas, que es como se llaman allá los dobles botones del puño de las camisas); y esta sola palabra, igualando al soldado mexicano con el francés, destruyó el prestigio de la superioridad de éste sobre aquél.

Y aquí terminó el miedo á las bayonetas francesas.

Lo mismo hicieron con todo, y así avanzó la intervención por la comerca de México, hasta dejar á Maximiliano y á Carlata en su trono y su capital,

Los republicanos se retiraron delante de ellos; pero teniendo la astuta previsión de dar en escritos, versos y cantares, el título de traidores á los partidarios del imperio, titulo que nunca favorece á ningún partido en ninguna nación.

Maximiliano creyó, y era lógico en su opinión, que él no deb a ser jese de un partido, sino formar con los elementos encontrados de todos los de México, el núcleo del elemento imperial; que debía fundir en un solo bando nacional todas las discordes aspiraciones y mal avenidos intereses; y creyó también, y en esto también era tógico que habiendo estado México medio siglo constituido en República, su imperio debía basarse en una constitución y unas instituciones necesaria-

mente liberales, sino habían de checar con los hábitos contraidos por el pueblo.

Pero aquí de los de Religión y Fueros, que habían contado con que Maximiliano, católico y bendecido por el Papa, fusilaría y ahorcaría á todos los compradores de bienes eclesiásticos nacionalizados por Juárez, repartiendo á su vez entre los imperialistas los bienes y haciendas de los republicanos.

Maximiliano no podía acceder á semejante pretensión, que hubiera enajenado al imperio la simpatía del comercio extranjero, y de los que con él habían adquirido aquellas fincas al precio y bajo las condiciones con que el Gobierno entonces establecido las había sacado á la venta.

Maximiliano ordenó una revisión de las escrituras de venta en pro de los compradores de buena fe, y ordenó que devolvieran al estado las fincas no pagadas.

Los de religión y fueros le d jeron que el Gobierno de Juárez era ilegítimo y que no había podido vender; respuso el Emperador que tan legítimo era el Gobierno de Juárez como el de tedos los presidentes que lo habían sido por la fuerza ó por la intriga: los dos únicos modos de llegar á la presidencia, desde la emancipación del país de la dominación española; tornaton á replicar ellos y á negar él, y en cuanto vieron que la revisión se entablaba y que una Comisión mexicana debía de hacer presentes á Pío IX la situación del país y las dificultades del negocio, hicieron comprender á los ma gistrados que incurrían en excomunión si daban curso á las revisiones; y las conciencias de los jueces que

hábian sancionado las escrituras de venta hechas por Juárez, se escandalizó de la revisión de Maximiliano. Partió á Roma la Comisión mexicana para someter hum ildemente al Papa las bases de un Concordato, como los que se han hecho en nuestras naciones europeas; pero los de religión y fueros les minaron el terreno por medio de sus agen es en Europa.

Entonces sué cuando algunos periódicos europeos, á quienes tenían embaucados los religioneros-sueristas, ceyeron sobre el acorra ado Maximiliano, á quien dieron poco menos que por apóstata y hereje, diciendo

que se vendía à los liberales, etc.

La Coxisión mexicana anduvo muchos meses por Roma sin dar con Su Santidad, y Maximiliano se dese prestigiaba con su poca influencia en las Cortes de Europa.

La Emperat iz, que quiso ayudar á su marido en esta cuestión la más vital de un imperio, estudiándola con su extraordideria perspicuidad mujeril, se embarcó también para Euroda, modelo de esposa y de soberana, á abogar ante las testas coronades por la causa del Emperador su marido; pero tuvo la desgracia de indisponerse al ir á entablar su demanta, y Maxi viliano esperó allá el resultado de su viaje, que no llegó nunca á saber positivamente.

Entre tanto los f anceses (que se habían hecho logar con el pueblo, durante el mando benéfico y conciliador del hontado Mariscal Forey), empezaron en el del general Bezaine á azotar á los mexicanos en el patio de a casa donde estaba alojado uno de los jefes, y después á fusilarlos en la plaza de Mixcalco, so pretexto de que todos eran ladrones y de que era preciso extinguir el robo.

Comenzó á rebelarse el amor propio de los que un são antes eran ciudadanos, viéndose azotados como esclaves; y comenzó á despertarse el odio y el deseo de las represalias, sin que Maximiliano lograra mitigar aquellos rigores, pues las comisiones militares francesas eran inexorables, y sobre él echaron después los liberales lo odieso de aquel procedimiento arbitrario y tiránico.

Y aquí se vió un caso curioso en los anales de las intervenciones, que prueban que la peor causa puede llegar á hacerse nacional en un pueblo por la torpeza de los que le gobiernan.

La plebe mexicana tomó et empeño de sostener el robo como si fuera una industria nacional; y protestó contra su castigo de una manera original, que merece ser tomada en cuenta.

Mientras los franceses fusidaban á un mexicano, el oficial y los soldados del pelotón eran despojados por los léperos de algona prenda de su vestuario, que echaban de menos después de la rjetución; operación que ejecutaban los léperos á riesgo de la vida, y que significaba bien claramente "nos fusi a eis, pero os ros baremos hasta que podamos fusilaros.,

Convencidos de su imposencia ó por causas que no me importa investigar chora, los franceses se retiraron de México; los republicanos comenzaron á extender sus guerrillas depredadoras por los terrenos que la

abandonaban; los imperialistas de buena fe comenzaron á desconfiar del porvenir, y Maximiliano bajó á Orizaba, enviando sus papeles y equipajes á Veracruz, resuelto á abdicar.

Trató de entablar negociaciones con los jefes republicanos, con el fin de asegurar las personas é intereses de los que habían sido adictos; pero los jefes republicanos, seguros ya de su triunfo, desecharon con desprecio sus proposiciones de avenencia, que probaban su amor á los mexicanos, á quienes ya solo podía proteger humillandose, lo que no vacilaba en hacer en pro de los suyos.

Dios le había destinado para pagar los pecados de Europa en América, y como á un corazón leal se le puede engañar muchas veces, se le volvió á hacer creer que el imperio era popular; que solo le desprestigiaba la alianza y presencia da los franceses, y que los imperialistas podían aún disponer de veinte mil hombres y veinte millones de duros, para que el Emperador sal vara en México la causa de la religión, de la sociedad y de las tradiciones europeas.

El caballero Maximiliano creyó que le deshonraría el volver la espalda á los que se creía en deber de protejer, y formando un plan de campaña que todavía hubiera podido dar un resultado más favorable, y que le
hubiera permitido salir al menos con honor del país,
se fué á encerrar en Querétaro con Miramón Mejía y
Castilles provocando á los republicanos á itiarle en
aquella plaza, mientras Márqu z reunía en México el
cuerpo de ejército y los elementos de gueria suficien-

tes para caer sobre los sitiadores. Estos no dejaron de acud r à la audad provocación de los imperiales, y sitia on à Querétaro; pero Márquez, en lugar de seguir puntualmente el plan del Emperador, fué torpemente à hacerse derrotar en Puebla por Porficio Díaz, y volvió fugitivo à la capital, donde hizo maldecir al Imperio y desear la vuelta de los republicanos con sus tropelías y exacciones.

Encarceló á los ricos para hacerles vomitar dinere, y les tuvo en pie sin silla ni cama en qué reposar; echó una contribución diaria á todo vecino que tenía algo, y cogió de leva á los indios abastecedores de víveres á la capital para hacerles trabajar en las trincheras, privando así á la ciudad de abastecimiento.

Se pagaba el maíz á cien duros y el trigo á ciento cincuente; los pobres se morian materialmente de hambre y unas familias vendían para comprar alimento los muebles que otras más ricas compraban para calentar el suyo.

Sabiendo la catástrofe de Querátaro, dió la falsa noticia de la derrota de Juárez y de la vuelta próxima de Maximiliano triunfante.

Se echaron las campanas á vuelo y se creyó en un milagro de Dios, entre cuyo tumulto de apareció el general, y al día siguiente los liberales intimaron la rendición á la capital.

Así cayó Maximiliano en poder de Juárez; y los periodicos, que le tacharon de mal católico, de mal europeo y de traidor á su propia causa, dijeron que era un héroe y un mártir, y pidieron á grito herido venganza

à Dios. ¡Ay! Dios no es ministro de la venganza de nadie. Dios castiga, pero no se venga, porque la venganza, que pudo ser el placer de los dioses del paganismo, no cabe en el Dios de los cristianos, que es la suma justicia y la suma perfección; Dios castiga y cada deja sin premio y sin castigo sobre la tierra, pero no se venga; Dios castigará.

Por estos rápidos y desaliñados apuntes comprenderás, Pedro mío, que el algo que yo intentaba decirte, debía de constituir una historia de la intervención francesa y del imperio de Maximiliano en México, algo diferente de como la contarán los franceses y los mexicanos: los republicanos que fusilaron al Emperador y los imperialistas que le abandonaron, y de cuya historia mía iban á desprenderse naturalmente las siguientes consecuencias:

Que el Imperio mexicano fué un sueño, que no pudieron realizar Austria, Francia y Bélgica, que dieron tropas para tal intervención, y que este desengaño debe servir á la Europa entera de lección, y dar la norma de sus relaciones para el porvenir con las Américas españolas.

Que lo que se deseaba en México por el bando antijuarista, no era un imperio nacional mexicano, sino un imperio que hiciera triunfar su partido.

Que el catolicismo hubiera logrado más de un Concordato hecho por Maximiliano, que lo que ha de rescatar de las garras de Juárez y de las de los republicanos que no dejarán el valor de dos reales de la hacienda de la Iglesia. Que los partidos religiosos y los periódicos de acá, deben reflexionar antes de hacer suya la causa de los partidos religioneros de allá; porque el Dios y la liberada de América no deben de ser los mismos que los nuestros; pues Dios y libertad, religión y fueros y todos sus programas, sus proclamas y sus anagramas y todos sus lemas, se traducen al castellano por éste: detrás de la cruz, el diab'o; y que las palabras y las teorías son las mismas; pero las prácticas de los hombres, no es fácil que las apadrinen como suyas ni Dios ni la liberatad.

Que por aquello de morto leone, d moro muerto, y del árbol caido, Maximiliano tendrá por ahora que cargar con las culpas de todos-y verás como Lerdo de Tejada (que es uno de los menos lerdos de aquel pais, en donde nacen pocos) te prueba en su memorandum, como tres y dos son nueve, que sus republicanos eran inocentes é inofensivos como monjas, hasta que el bribón de Maximiliano vino á degollarles como corderos. -Y verás también como, si los religioneros vuelven al poder y publican sn memorandum, para emparejar con el de Lerdo, te prueban también en él que la ignoran. cia, la ineptitud y la terquedad del herético Maximilia. no, fueron la causa de la caida del Imperio; porque aquel obcecado príncipe no se dejó gobernar ni aconsejar nunca por ellos, que le hablaban en nombre de Dios.

Que la República será de hoy más la forma de gobierno en México y en la América española, donde la Europa ha perdido toda su influencia y la mitad de su comercio futuro, por el error de Francia, y que por este error se ha burlado, se está burlando y se burlará México sólo de la mitad de Europa.

Que Juárez y sus republicanos estuvieron en su derecho al fusilar á Maximiliano, á quien nunca reconocieron más que por su enemigo; pero que abasaron infamemente de tal derecho, fusilando á un bombre cuya excesiva bondad todos conocíau; acusándole de crímenes que jamás pensó cometer, y ponderando la necesidad en que se vieron de fusilarle para la salvación de la patria, que no puede estar más perdida que en sus manos.

Que nosotros no abegamos por Maximiliano y Carlota sólo porque ellos fuesen príncipes ó porque nosotros seamos serviles; sino porque eran unos príncipes buenos, inteligentes y deseosos de buena fe del bien y el progreso de México.

Que el autor de los versos de este libro y yo, no tenemos el más leve átomo de rencor ni enemistad á los mexicanos, cuya perspicacia, talento, cortesía á instrucción hemos celebrado de buena fe en este libro, cuando de ellos nos ha tocado hablar; que pensamos dar idea de su civilización y de la presía de sus costumbres y de su país, en otro libro menos ingrato, en que hablaremos de su vida, de sus haciendas, de los gallardos ejercicios de su equitación en sus coleaderos y lazaderos; de sus bailes y sus canciones que rebozan gracia, originalidad y carácter: porque lo único que encontramos malo, y por lo cual no les tenemos rencor, sino compasión, es su absurda, su maldita política ba-

sada en el odio monomanisco que tienen á Europa, y sobre todo á España (Gachúpia), cnya raza son y cuya sangre corre por sus venas.

En este sentido hemos hablado de México agriamente en verso y prosa en este libro, pero protestamos que solo considerándolos bajo el punto de vista político, y no social ni personalmente.

Sentiremos que así no lo comprendan; pero si así no fuere, también nos pesará mucho, porque les deremos ocasión de mostrar su verbosa erudición, su gracejo nacional y su agudeza chispeante de gracia flexible y de punzante malicia, al devolvernos lo que crean que les ofende.

Y esto, en lugar de dolernos, nos enorgollecerá, porque vendrá á corroborar nuestra aserción de que tienen mucho talento.

La politica les envenena el corazón, y es la única tacha de sus buenas cualidades; así que, si arrastrados por esta nacional antipatía politica, nos envían en contestación unas cuantas calumnias bien intencionadas, ó unas cuantas injurias bien personales, las recibiremos cordialmente como chistos del país, pues estamos acostumbrados á leer el Pájaro Verde y El Gachupín, que se publicó á la llegada de Prim con la intervención.

Ш

He leido en no sé qué periodico de por acá no sé qué sobre los remordimientos de Juárez por la muerte de Maximiliano. Juárez tiene orgullo y no remordimientos de tal pecado, y no se cambia ahora por Alejandro Magno si resucitara, ni por Cronwel á quien parodia.

Los remordimientos son hijos de las creencias religiosas; y vayan á preguntarle al indio Juárez cual es su opinión sobre el catecismo del P. Ripalda. Juárez cree (y tal vez no yerra), que ha dado el cachete á la influencia europea en América con la muerte de Maximiliano. Ha insultado impunemente á Austria y á Francia en sus embajadores y súbeitos; ha demostrado la impotencia de las intervencionas y conserva insepulso el cadáver del Emperador, para jugar con Austria al tira y afloja, ó para poner al fin un precio enorme al piadaso anhelo de la familia imperial.

Este sacrilegio es lo que no le perdonamos ni á él ni á sus secuaces; pero no teniendo la vanidad de creernos competentes, para juzgar de las razones que tienen Francia y Austria para no darse por entendidas por ahora de ello ni de la indisposición de la Emperatriz, comprendemos que nuestro papel es el de irnos con la música á otra parte, y nos vamos: porque en política somos ceros á la izquierda; en la sociedad nuestra importancia está representada por el signo menos, y en los anales de la literatura patria no somos más que una errata de imprenta que desluce una página.

IV

Este libro no tiene en si más que una cuelida i buena: la de su inoportunidad, y de propósito hemos suspendido so publicación hasta que fuera importuna estemporánea, porque habíamos ilegado á apercibirmo de que nuestros amigos sospechaban que queríamo también especular con el nombre y la catástrofe de Maximiliano, publicando un libro de circunstancias, cuyo éxito asegurara su interés de actualidad.

Las cuestiones de Italia y Oriente, la actitud de Prusia con Francia, y otres acontecimientos que absorben la atención universal, hacen de la publicación de este libro una cosa parecida á una piedrecilla tirada al mar, y nos damos de ello la enhorabuena.

El autor de estos versos y yo hemos querido á Maximiliano en México como si hubiera sido nuestro padre; hemos llorado su muerte en España como si hubiéramos sido sus hijos; y no haremos jamás de su nombre ni del de la Emperatriz Carlota un objeto de lucro ni mucho menos un medio de meter ruido ni de darnos importancia.

Consideramos á Maximiliano, desde que le vimos entrar en la capital de México, como una víctima expiatoria enviada por Dios al altar del sacrificio; le vimos luchar con sus tribulaciones, sonriendo con la resignación de los mártires; nos prodigó las más cariñosas muestras de cordialidad, mientras pudo sin riesgo nuestro manifestarnos en público su amistad, y nos apartó de si, cuando vió que se iba acercando la hora del peligro.

Nosotros, humiliándenos ante los Juicios del Omnipotente como cristianos, nos preciamos de ser de los pocos (no osamos decir los únicos) que conservaremos

19

